

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
"ELLOS" ESTAN
AQUI
GEORGE H. WHITE.

George H. White

«ELLOS» ESTAN AQUI

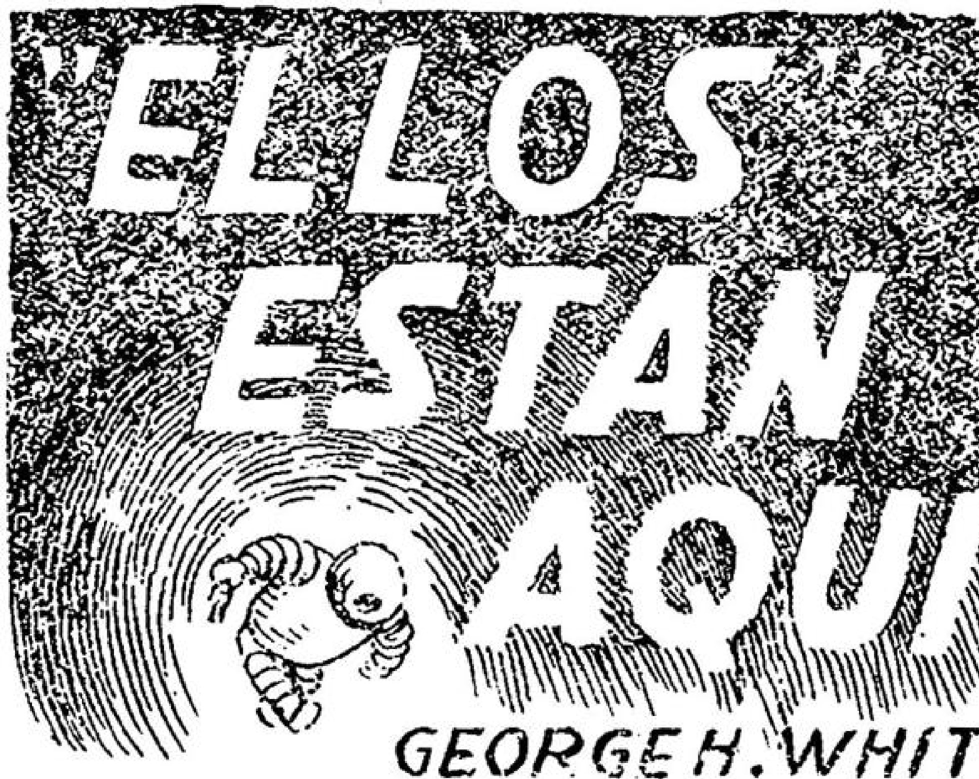
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Teniente coronel Wilbur Devoe. Jefe de un Escuadrón de Caza de las Fuerzas Aéreas de los EE. UU.
General Kennedy. Comandante Jefe de la Base Aérea de Fairbanks (Alaska).
Miss Alma Maher. Doctora en Medicina.
Profesor Kendrick. Eminente bioquímico.
Profesor Karvel. Especialista en cibernética.
Mister Woondrow. Técnico en cibernética.
Profesor Bennett. Notable astrofísico.
Profesor Penrose. Especialista en Física Nuclear.
Comandante Brush. Observador de la Armada de los EE. UU.
Doctor Edgerton. Médico de la base aérea de Fairbanks.
Teniente Hutchis. Piloto de caza a reacción.

printed in spain
tip. artistica



CAPÍTULO I

Sus dueños, ciertamente, no podían presumir de mucha imaginación.

La llamaban «El Dorado», como centenares y tal vez millares de otras minas de oro de las que se habían explotado en América desde que los españoles la descubrieron, y especialmente desde que se descubrió oro en California.

Sólo que ésta no estaba en California, sino en una de las innumerables arrugas del vasto territorio del Yukon.

La mina era pequeña; muy pequeña, apenas un agujero abierto a golpe de pico y mordiscos de dinamita en la ladera de un cerro cubierto de abetos.

Franklin Brandwine y su cuñado la explotaban a medias después de haber invertido en su denuncia y en el modesto equipo todos sus ahorros logrados a costa de trabajar como negros en los yacimientos de uranio del vecino Canadá.

Para Brandwine, esta era una mañana como todas las transcurridas desde que un aeroplano contratado en Fairbanks les depositó con todo el equipo en una estepa no lejos de la mina al comenzar la primavera.

Empujando ante sí la vagoneta, Brandwine pestañeó al salir de la

húmeda lobreguez de la mina a la resplandeciente luz del sol. Al llegar al final de los brillantes rieles, Brandwine apoyó sus hercúleas espaldas en el volquete y empujó.

La tierra y los cascotes desocuparon con estruendo la artesa de metal. Antes de volver a la galería Brandwine se detuvo para enjugarse el sudor con un pañuelo.

Miró al cielo.

Sus ojos quedaron fijos y absortos en tres blancas estelas de vapor que un tiralíneas invisible parecía ir trazando sobre el inmenso lienzo azul del espacio.

Brandwine conocía bien el rastro que dejaban los aviones a reacción cuando volaban a gran altura en ciertas condiciones de temperatura y humedad. Los había estado viendo pasar casi todos los días en que el cielo aparecía claro y despejado como hoy. Había oído decir, o lo había leído en alguna parte, que las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y la «valla» de estaciones de radar que se extendía a todo lo largo del Océano Glacial Ártico, vigilaban constantemente la ruta que los aviones soviéticos tendrían que seguir si en un momento dado intentaran llevar sus bombas atómicas sobre las principales ciudades de Norteamérica.

Como contribuyente norteamericano, a Brandwine le parecía exagerado este lujo de precauciones. Le ponía enfermo pensar en el grueso caño de gasolina que aquellos aviones quemaban por cada segundo de vuelo.

Sin embargo y como ciudadano norteamericano, a Brandwine no dejaba de tranquilizarle la idea de que mientras él dormía o trabajaba, aunque no la viera ni oyera, había constantemente sobre él y sobre la ciudad donde vivía su familia una poderosa Fuerza Aérea velando noche y día por la seguridad del país.

A Brandwine le gustaba ver el rastro de vapor que los reactores marcaban en el cielo, porque de aquellos surcos emanaba una profunda sensación de majestad y poderío. Quedó mirándolos un momento, y luego murmuró:

-¿A dónde irán?

No era una pregunta para ser contestada. En realidad a Brandwine no le preocupaba mucho conocer el destino de aquellos aeroplanos.

Brandwine era hombre muy pegado a las cosas terrenas. Así que, olvidándose de los aviones se guardó el pañuelo, enderezó el volquete y lo empujó para volver a la oscura galería de la mina.

De haberse quedado solo unos segundos más mirando los aviones Brandwine hubiera visto cómo las tres estelas de vapor perdían su impecable paralelismo al desviarse la del extremo derecho.

-¡Hola! ¿Qué le pasa a ese? -hubiera exclamado Brandwine.

Pero Brandwine no presenció aquella anomalía, no pudo interesarse por

ella, y se ahorró un pequeño quebradero de cabeza. Porque a su pregunta sólo podía contestar el piloto de aquel avión, y esta respuesta, transmitida por radio, jamás llegaría a oídos de Brandwine.

-¡Aló, Rose! Aquí Keller. Mi girocompás no funciona. ¿Qué hago?

En la hermética cabina de su F-100, a 12.000 metros de altura, el teniente coronel Wilbur Devoe abrió el interruptor de su micrófono en tanto se volvía penosamente en las angosturas del asiento para mirar a través de la cubierta transparente al aparato del teniente Keller que so desviaba hacia la derecha.

-¡Aló, Keller! Su girocompás no funciona. Entendido. Dé media vuelta y regrese a la Base.

La voz de Keller gangueó de nuevo en los auriculares:

-Lo siento. coronel. Buena suerte.

Wilbur cortó la comunicación con seco e irritado movimiento de la clavija. Sus grises pupilas siguieron con crítica y ominosa mirada la maniobra de Keller al describir un amplio viraje.

Le fastidiaba aquel teniente Keller con sus continuas y siempre intempestivas averías de sus instrumentos. Evidentemente, el motor y el instrumental de vuelo de los aviones de chorro eran demasiado delicados para las rudas manos de granjero del teniente Keller.

-¡Triturarreactores, eso voy a llamarte de hoy en adelante! -refunfuñó el teniente coronel Devoe.

La voz del teniente Hutchis resonó ahora en sus auriculares:

-¡Beaver!

Wilbur miró a través del transparente de su cabina. Muy cerca y un poco retrasado a babor volaba Hutchis.

El teniente señaló con el pulgar hacia abajo.

Wilbur empujó suavemente la palanca inclinando su máquina sobre el ala de estribor.

Allá abajo, junto al río, vio un caserío empenachado del humo de las serrerías.

Así pues, estaban cruzando el Círculo Polar Ártico. Allí empezaba el verdadero «techo del mundo».

Wilbur Devoe había pasado muchas veces por aquí en las últimas semanas. En su larga carrera de piloto, desde que siendo un chicuelo ingresó en las Fuerzas Aéreas, había traspuesto líneas tan célebres como el Trópico de Cáncer, el Ecuador, el Trópico de Capricornio, el meridiano de Greenwich y el tristemente famoso Paralelo 38. Y cada vez que pasó sobre una de estas líneas observó atentamente el terreno tratando de distinguir el trazo -generalmente de tinta negra- que en los mapas y en las esferas terráqueas de las escuelas dividían el mundo en infinidad de cuadros.

No podía evitarlo. Su exaltada imaginación infantil había quedado

profundamente impresionada la primera vez que vio un globo terráqueo cruzado de líneas. Creía que el mundo era tal como lo representaban aquellas esferas de brillantes colores, incluidas las líneas de los meridianos y paralelos.

Ahora, el ceño de Wilbur Devoe se desfrunció al evocar su absurda ilusión infantil. Enderezó su máquina, conectó el piloto automático y trató de hallar una postura cómoda sobre la mochila de supervivencia que le servía de asiento.

De sobra sabía que la comodidad era algo totalmente ausente de la cabina de un caza a reacción. Pero con aquello le ocurría lo que con las líneas de los meridianos y paralelos. Nunca desesperaba de encontrarlo alguna vez.

La cabina había vuelto a quedar quieta después del breve diálogo con el teniente Keller y el lacónico aviso del teniente Hutchis. En ella reinaba un silencio profundo e impresionante, sólo interrumpido por el ruido ronco de las inhalaciones de oxígeno.

El pavoroso rugido del motor quedaba atrás. No había vibraciones ni se experimentaba sensación alguna de velocidad. Sólo de una intensa y agobiante soledad.

El cielo tenía un color azul muy oscuro. Incluso las nubes que flotaban sobre la tierra estaban tan abajo que no parecían sino niebla tenue.

El avión volaba por la estratosfera, aquella región hostil de aire enrarecido, azotada por fuertes vientos, que constituía la frontera actual de la humanidad en el espacio. Allí el hombre no podría vivir más de 30 segundos a la intemperie y los aviones no hallaban suficiente fuerza de sustentación sino volando a enormes velocidades.

La temperatura exterior era de 50 grados bajo cero según los instrumentos de a bordo. La velocidad de 900 kilómetros por hora.

Rumbo: Norte.

La misión que llevaba el teniente coronel Wilbur Devoe hacia las costas del Océano Ártico era de metódica y aburrida patrulla. Metódica porque era siempre la misma; y aburrida porque nunca ocurría en ellas nada de interés.

Wilbur, y con toda probabilidad tampoco el Alto Mando, no esperaba tropezarse aquel día con aviones de bombardeo soviéticos cargados de explosivos atómicos en ruta hacia los Estados Unidos.

Sin embargo podía ocurrir. Podía ocurrir cualquier día de éstos y ello bastaba para que las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos prosiguieran incansables su ronda, un día y otro, mes tras mes, año tras año... cualquiera que fuese el tiempo reinante.

Las misiones de patrulla podían resultar aburridas. En ellas se invertían fabulosas sumas de dinero, hombres, material y combustible. Pero habían de realizarse y se llevaban a cabo con inexorable regularidad. No de

cualquier forma, sino como si el temible enemigo fuera a aparecer de un momento u otro en el horizonte.

El «F-100» de Wilbur Devoe iba equipado y armado para entrar en combate a los dos segundos de haber recibido la orden de atacar.

Volando sobre los Montes Brooks y dejando atrás una planicie esteparia, los dos aviones a reacción se encontraron sobre Beechey Point a las 12,10 p.m. Allí y sin descender de las alturas de vértigo, los dos reactores viraron al Oeste apoyándose sobre un ala y siguieron volando a lo largo de la costa.

A distancias regulares, los puestos de radar lanzaban al éter una señal electrónica que equivalía al severo: «¡Alto, quién vive!» de un atento centinela. Y a cada una de estas interpelaciones, los dispositivos electrónicos situados a bordo de los cazas daban una respuesta automática que les identificaba como «amigos».

Así pues, todo marchaba bien. La patrulla se prometía feliz y sin incidentes, que era precisamente lo que esperaba el coronel Wilbur.

La bahía Harrison quedaba tras la cola de los aviones, y el seno de la bahía Smith iba surgiendo de la neblina que cubría el horizonte.

No tardarían en distinguir el Cabo Barrow y, en él, la pequeña base del mismo nombre donde tomarían tierra, se reabastecerían de combustible y podrían descansar un par de horas antes de emprender el regreso a Fairbanks por la misma ruta que habían seguido al venir.

De pronto resonaron en los auriculares del coronel Devoe, y simultáneamente en los del teniente Hutchis, los agudos pitidos de una estación de radio que se preparaba a emitir.

-¡Atención, Rose! ¡Atención, Rose!

Wilbur Devoe movió la palanquita de su micrófono para contestar:

-¡Aquí, Rose! coronel Devoe a la escucha. Cambio. Cambio.

-¡Hola, Rose! Aquí, Harrison. Aparato sospechoso se acerca por las CUATRO Y MEDIA. No contesta señales identificación. Dé la vuelta y suba mil quinientos metros. Intercepte. Cambio.

Wilbur Devoe pestañeó rápidamente antes de accionar desconectando el piloto automático y empuñando la palanca de mando.

-¡Aló, Harrison! Aquí, Rose. Entendido. Vamos allá. ¡Atención, Hutchis!

-Entendido, coronel -contestó la voz del piloto.

Wilbur hizo una seña a Hutchis, el cual volaba pegado a su ala de babor. Los dos cazas se inclinaron a un tiempo sobre el ala de estribor virando hacia el mar.

El coronel conectó su aparato de radar para que fuera calentándose. No esperaba tener que conectar al radar el «cerebro electrónico» que, caso necesario, guiaría al caza al punto preciso desde el cual dispararía los

«Mighty Mouse» en el momento más conveniente para dar en el blanco.

En la jerga de los aviadores se llamaba «Ratón Poderoso» a unos cohetes de 1,20 metros de largo por 8 centímetros de diámetro y 8 kilogramos de peso conteniendo una carga sólida de impulsión más poderosa que cuantas se usaron en la Segunda Guerra mundial. Esta nueva arma, proyectada y construida para usarla en aviones de chorro contra bombarderos de alta velocidad, era tan rápida que disminuía en sumo grado las posibilidades de que éstos escaparan

Cuanto se disparaba desde un caza que volara a 970 kilómetros por hora el «Ratón Poderoso» se lanzaba hacia el blanco recorriendo poco más o menos 880 metros por segundo.

Estos cohetes podían dispararse uno por uno, pero por regla general se lanzaban en andanadas de 6, 12, 18 ó 24. El cohete se apuntaba apuntando todo el avión y se necesitaba un «cerebro electrónico» que pensara con suficiente rapidez para escoger el momento exacto del disparo.

-Los «F-100» iban provistos de 24 de estos cohetes cada uno.

A los 13.500 metros de altura, después de completar el viraje que acumuló toda la sangre hacia los extremos inferiores de los pilotos, el supuesto enemigo apareció en la pantalla de radar del coronel Devoe en forma de una mancha fluorescente.

-¿No será un bombardero soviético, verdad? -preguntó por radio el teniente Hutchis.

-Será alguno de los nuestros que vuelve de una incursión por el Polo con la radio estropeada o el radiotelegrafista dormido -refunfuñó Wilbur.

Pero de las dos posibilidades la primera era la única aceptable. No se concebía al radiotelegrafista de un bombardero estadounidense que volviera de un supuesto táctico roncando a pierna suelta.

-¡Aló, Rose! -gangueó en los auriculares de Wilbur la voz del operador del puesto Harrison-. Aparato desconocido se encuentra ahora frente a ustedes. Distancia, cien kilómetros. Altura trece mil. Velocidad mil kilómetros a la hora. Si mantienen la misma velocidad y el rumbo se encontrarán ustedes dentro de tres minutos. ¿Entendido, Rose?

-Aquí, Rose. Entendido -contestó Wilbur lacónicamente. Y a continuación llamó:

-Atención, Hutchis. Sígame a la izquierda. Vamos a virar doscientos setenta a babor.

Los dos cazas empezaron a describir una amplia curva al salir de la cual deberían encontrarse en el mismo sitio donde la habían comenzado, cortando entonces perpendicularmente la trayectoria del aparato desconocido. En las dos pantallas de radar la mancha de luz fluorescente iba cambiando de posición a medida que los «F-100» cerraban su amplia curva.

Wilbur Devoe pasó revista a los instrumentos de abordo, y muy especialmente al indicador del nivel de sus depósitos de esencia.

Los aviones de chorro tragaban cantidades fabulosas de combustible y sólo les quedaba gasolina para sostenerse en el aire otros 15 minutos. Esto debía de saberse en la base, desde la cual se habría seguido la ruta del teniente coronel Devoe anotándose cuidadosamente su velocidad, su rumbo, la esencia consumida y la que quedaba en los depósitos de los dos aeroplanos.

Pero el intrincado sistema de alarma ya debía estar funcionando en tierra. Los aviones en vuelo se dirigían inmediatamente hacia aquí, en tanto los pilotos de las bases de Barrow, Beechel y Gordon corrían hacia sus cazas al estrepitoso toque de las sirenas. Por lo tanto Wilbur sería relevado antes de haber agotado completamente su provisión de gasolina.

Al salir del viraje después de 6 minutos, el aparato desconocido se encontraba por delante y un poco a babor de los cazas yanquis.

Doblados hacia adelante, escrutando ansiosamente el espacio a través del cristal de sus cabinas, los pilotos de aquellos aeroplanos parecían más bien seres extraterrestres tripulando máquinas interplanetarias que miembros de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

Un casco de acero con frente de vidrio les cubría la cabeza. Este «tapasesos» se comunicaba por un tubo con el depósito de oxígeno abundantemente abastecido. El aviador no podía prescindir de este casco y cuando lo llevaba puesto tampoco podía rascarse las orejas, ni restregarse los ojos, ni sonarse.

Un forro rígido y apretado de nylon y caucho les cubría todo el cuerpo. Su objeto era proteger al piloto contra la descompresión explosiva. Porque la cabina era hermética y llevaba aire comprimido, pero si una bala la perforaba el aire se lanzaría violentamente hacia afuera como en una explosión.

Este traje impedía que el aire que rodeaba al aviador escapara tan rápidamente. Sin el mencionado forro de «presión», al piloto se le saltarían los ojos de las cuencas, los tímpanos se le romperían, la piel le sangraría y los intestinos se le hincharían hasta alcanzar un tamaño nueve veces mayor que el normal, causándole dolores agudísimos y corriendo el peligro de reventarse.

El traje comunicaba por tubos con botellas de aire comprimido, el cual lo inflaba, llenaba el casco y mantenía entero el cuerpo hasta que los órganos internos se adaptaban a la presión.

Encima de este forro los aviadores vestían el traje de vuelo afelpado, y encima de éste, otro traje de goma que les preservaría del frío glacial del agua si por su desgracia iban a caer al mar. Tres pares de guantes, los últimos con grandes mitones de goma hasta los codos, les cubrían las

manos.

Así, fuertemente amarrados con correas a su asiento de acero, el cual tenían debajo una carga explosiva para proyectarles en el espacio en caso de emergencia, los dos pilotos tenían fija su mirada en el cielo azul oscuro en tanto acariciaban con el pulgar el botón disparador de las ametralladoras que remataba la palanca de control.

El radar indicaba al coronel Devoe que se estaban acercando rápidamente al aparato desconocido. Debía tratarse de un bombardero, a juzgar por la intensidad del «eco» que se reflejaba en la pantalla...

De pronto Wilbur Devoe divisó al misterioso aparato. Se acercaba por el lado de babor a tremenda velocidad y era a modo de un puntito extrañamente brillante que iba aumentando de tamaño por instantes.

En los auriculares del teniente coronel se escuchó la voz del teniente Hutchis:

-¿Pero qué demonios es eso?

Wilbur Devoe no lo sabía. Aquel aparato no se parecía en nada y cualquiera de las cosas que esperaba ver.

La voz del operador de radio del puesto de Harrison interrumpió:

-¡Aló, Rose! ¿Lo ven ahora? Va a pasar por delante y por debajo de ustedes.

-Lo vemos -contestó Wilbur maquinalmente. Y llevando la mano enguantada hacia el tablero de instrumentos ordenó:

-¡Atención, Hutchis! conecte el cerebro electrónico.

Y volvió a clavar los ojos en la máquina voladora. Esta, vista en perspectiva, tenía cierta semejanza con una de las «alas volantes» de la Aviación estadounidense.

Pero no era un «ala volante». Esto lo comprendió Wilbur Devoe sintiendo que el corazón le golpeaba brutalmente en el pecho.

Un objeto de forma alargada... aplanada... que parecía irradiar una débil luz verde-azulada...

Las cosas estaban ocurriendo tan aprisa como volaba el pensamiento del coronel Devoe. La máquina desconocida venía como un meteoro y se deslizó velozmente por debajo de los cazas. A modo de una ráfaga Wilbur vio pasar por debajo un disco de unos 15 metros de diámetro, en la cara superior del cual sobresalía ligeramente algo parecido a una cabina sin cristales ni abertura visible alguna.

Los bordes del, fantástico disco se afilaban hacia los extremos.

Era a modo de un gran plato vuelto al revés...

-¡Un platillo volante! -exclamó roncamente la voz del teniente Hutchis por los auriculares del teniente coronel Devoe.

CAPÍTULO II

El asombro dejo paralizado al coronel Devoe, el cuerpo violentamente contorsionado, los ojos dilatados y fijos en el extraño aparato que se alejaba velozmente hacia el Sur.

-¡Un platillo volante! -exclamó a su vez roncamente.

Y como si el sonido de su propia voz le despertara de un sueño empujó la palanca hacia la derecha y atrás en tanto hundía de un puntapié el pedal del mismo lado.

El caza, lanzado a 900 kilómetros por hora, bajó el ala de estribor y viró bruscamente a la derecha.

Ahora bien; las fuerzas gravitatorias o «Ges» que se ejercían sobre un piloto cuando este «salía» de un picado o entraba en un viraje a 800 ó 1.000 kilómetros por hora, eran tan grandes que podían provocar un «black out» -dejarlo ciego temporalmente- que le haría olvidar donde se encontraba y quedar inconsciente.

Todo esto podía ocurrir antes que uno tuviera tiempo de contar diez y algo así le ocurrió al teniente coronel Devoe al lanzarse en aquel viraje con la inconsciencia de un novato.

El «gray out» anunciador se le vino encima de repente. El día le pareció más oscuro y la visión se estrechó hasta no poder ver sino lo que tenía justamente delante. A partir de aquí, un hombre no experimentado podía sufrir un ataque de nervios, «black out» y desmayarse.

Con movimientos instintivos de las manos y los pies, Wilbur Devoe corrigió apresuradamente su imprudencia abriendo más la curva. La visión se amplió nuevamente ante sus ojos, más esto sirvió para que el sentido común aporreara a las puertas de su razón preguntando a voces:

-«¿Qué haces, loco? ¿A dónde vas?»

Wilbur alargó la mano para abrir parcialmente la llave de gas.

-¡Vamos tras él, Hutchis! ¡No le dejemos escapar! -gritó.

Hasta los auriculares de los pilotos llegó gangosa la voz del operador de la estación Harrison:

-¡Aló, Rose! ¿Qué ocurre? ¿Identificaron ese aparato?

A lo que Wilbur contestó:

-¡Ya lo creo! ¡Se trata de un platillo volante!

Siguió un breve y elocuente silencio. El caza dio un tirón hacia adelante y el operador situado en tierra gritó:

-¡Tonterías! No existen los platillos volantes.

-¿Que no existen? -rió Hutchis nerviosamente-. ¡Suba a verlo!

En este momento el coronel Devoe empujaba la palanca para entrar en picado. El platillo volante había desaparecido. Lo buscó en la pantalla de radar.

Y allí lo encontró. Sólo que ahora, una lucecilla roja brillaba en el negro cristal cerca de la mancha que representaba el platillo volante. Aquella luz era emitida por el «cerebro» electrónico apuntador y correspondía a la posición óptima para lanzar los proyectiles cohetes tenida en cuenta la distancia, la posición y el rumbo del avión y el blanco.

El piloto desempeñaba en estos instantes las funciones de un simple chófer. Su tarea consistía en hacer coincidir la mancha blanca y la lucecilla roja moviendo timones y alerones hasta conseguirlo.

Un estado de febril sobreexcitación dominaba al teniente coronel. La curiosidad, el temor y el respeto a lo desconocido le arrastraban con fuerza irresistible en pos del platillo volante. Echó una ojeada al indicador de velocidad. Y entonces cayó en la cuenta de que le quedaba el combustible justo para dar la vuelta y aterrizar en el pequeño aeródromo del cabo Barrow antes que se le acabara la gasolina y tuviera que abandonar el aparato.

El sentido de la responsabilidad resonó como un campanillazo en la conciencia del coronel Devoe. ¿Qué debía hacer?

Miró de nuevo a la pantalla de radar en busca del rastro de alguna escuadrilla que estuviera acercándose desde los confines del horizonte. Pero la pantalla, lo mismo que el resto de los instrumentos, bailaban y no podían observar claramente.

¡LA ESQUINA DEL ATAÚD!

El caza a reacción, considerablemente aligerado del peso del combustible que iba quemando y con la llave del gas abierta, estaba trasponiendo la «barrera del sonido».

Con el nombre de «esquina del ataúd» se designaba en el argot aviatorio un extraño fenómeno que se desarrollaba a grandes alturas cuando el avión volaba a la misma velocidad del sonido. Los mandos se ponían rígidos y mollares, el aparato bajaba de morro y todo él saltaba, se estremecía y vibraba ruidosamente como una vieja carreta provista de ruedas cuadradas.

Las sacudidas y el estruendo sólo duraron unos breves segundos. El caza traspuso la «barrera» del sonido y penetró en la región de las velocidades supersónicas. La cabina volvió a quedar quieta y silenciosa.

En la pantalla del radar la mancha blanca se deslizaba a través de las circunferencias concéntricas hacia la posición «cero». ¡Estaban sacando ventaja al platillo volante!

Esto decidió al teniente coronel Devoe. El horizonte aparecía limpio de aviones. Él y Hutchis estaban solos con el misterioso platillo volante.

-¡Vamos a tratar de derribarlo, Hutchis! -gritó Wilbur-. A las Fuerzas Aéreas les gustará examinar los restos de uno de esos aparatos, sea terrestre o ultraterrestre.

-Su... supongo que... que sí -contestó entrecortadamente Hutchis.

Y a través de sus auriculares Wilbur pudo oír el traqueteo de la cabina de Hutchis, el cual estaba sufriendo en aquellos instantes los trastornos propios de la «esquina del ataúd».

Veinte segundos más tarde, los dos cazas. «F-100» volaban a velocidades supersónicas en persecución del platillo volante. Éste era ya visible a modo de una manchita brillante en las profundidades del espacio. El caza del teniente Hutchis apareció junto al de Wilbur. Los dos pilotos empezaron a mover palancas y pedales en una emocionante pugna por hacer coincidir en las pantallas del radar las luces blancas y rojas.

Los cazas iban ganando terreno al platillo volante. Este se encontraba apenas a 2.000 metros cuando Wilbur apretó un botón de su tablero de instrumentos. Unos instantes después conseguía que las dos luces de su pantalla coincidieran.

-¡Firme... firme ahora! -murmuró entre sus dientes apretados.

El platillo volante y los cazas persecutores estaban a 1.500 metros uno de otros, siguiendo el mismo rumbo a idéntica altura. Este era el momento. Wilbur apretó el gatillo disparador...

Casi sintió bajar el montacargas de aluminio repleto de cohetes.

Un segundo más tarde veía un mazo de doce proyectiles que salían raudamente por debajo de proa de su avión, se desplegaban en el aire y le adelantaban rápidamente dejando tras sí sendos penachos de llamas y de humo.

El teniente Hutchis lanzó también no doce, sino veinticuatro cohetes, los cuales partieron como exhalaciones en persecución de los disparados por Wilbur. Éste, con el aliento en suspenso, siguió la vertiginosa carrera de los proyectiles.

Los «Ratones Poderosos», provistos de espoletas de proximidad, alcanzaron al platillo volante. Al menos una docena de ellos estallaron en el aire en otros tantos rápidos fogonazos que dejaron en el aire sendas nubecillas de humo.

El platillo volante se tambaleó.

-¡Le dimos... le dimos! -chilló la excitada voz del teniente.

La extraña máquina volaba ahora ligeramente ladeada. De su cara inferior salía un chorro de brillante polvillo que iba formando en el espacio una estela fantásticamente luminosa.

-¡Cuidado, Hutchis! -gritó Wilbur tirando suavemente de la palanca y pisando el pedal de la derecha para apartarse de aquella estela fosforescente.

Hutchis se apartó también hacia la izquierda.

En este instante algo se desprendió del platillo volante y permaneció una fracción de segundo inmóvil y como flotando en el aire.

Wilbur pensó que se trataba de una pieza del fantástico aparato, arrancada por alguna explosión interna. Pero en seguida el objeto se puso en movimiento hacia el aeroplano del teniente Hutchis, el cual volaba algunos metros adelantado al de Wilbur Devoe...

-¡Hutchis! -gritó Wilbur roncamente.

Pero el teniente, si vio venir al proyectil cohete, no pudo hacer nada para escapar de él.

Todo ocurrió en un segundo. El caza del teniente Hutchis desapareció en medio de una enceguecedora bola de fuego, de un color amarillo metálico que bañó el rostro del teniente coronel Devoe con una luz cegadora acompañada de una sensación física de achicharrante calor.

Lanzando una exclamación de horror Wilbur se cubrió el frente de cristal de su escafandra con las manos enguantadas. El caza crujió y se estremeció, temblando todo él de proa a cola como si un invisible y gigantesco mazo de «baseball» le hubiera atizado un golpe demoledor.

En aquel segundo, paralizado por el terror, Wilbur pensó que su máquina iba a desintegrarse y se enfrentó lleno de pánico con el espectro de la muerte...

Pero el momento en que el avión debiera haberse hecho pedazos pasó sin que ocurriera nada y Wilbur Devoe apartó las manos de sus ojos para mirar en torno con asombro.

Por lo pronto nada pudo ver, excepto un globo de fuego amarillo que flotaba ante sus ojos. Había quedado momentáneamente deslumbrado.

Palpando a ciegas, Wilbur empuñó de nuevo la palanca de mando y cerró parcialmente la llave del gas.

El caza empezó a trepidar ruidosamente. Estaba pasando de nuevo la barrera del sonido, sólo que esta vez para salir de la velocidad supersónica y entrar en la subsónica.

El traqueteo duró unos breves segundos y el caza volvió a su vuelo suave y sin vibraciones. Wilbur, al fin, pudo empezar a distinguir las esferas de los instrumentos de a bordo. Inclinó la máquina sobre el ala de estribor para lanzar una inquieta mirada al espacio.

Lo primero que vio por debajo de él fue aquella fantástica y fosforescente estela que el platillo volante iba dejando tras sí. La estela formaba un suave arco con caída hacia tierra y siguiéndola con la vista Wilbur descubrió un paracaídas color azul celeste que estaba descendiendo hacia el suelo.

-¡Hutchis! -exclamó.

Pero en seguida meneó la cabeza. No, no podía tratarse del teniente Hutchis. En primer lugar Hutchis no pudo escapar de su aeroplano desintegrado. En segundo lugar, las Fuerzas Aéreas no utilizaban paracaídas de aquel extraño color.

No era Hutchis el paracaidista, sino el piloto del platillo volante.

¡Luego, el fantástico aparato estaba cayendo a tierra!

Presa de gran agitación, Wilbur movió pies y manos lanzando su máquina en persecución del platillo volante, al cual era fácil de localizar por la estela luminosa que marcaba su trayectoria descendente. Se había alejado unos 12 kilómetros mientras el teniente coronel Devoe se reponía de su momentánea ceguera.

Apenas había comenzado la persecución cuando Wilbur vio allá abajo otro paracaídas azul que descendía lentamente con un peso balanceándose al extremo de los tirantes.

El instinto de conservación aporreó en la puerta del sentido común del piloto con una llamada de atención.

-«¡Cuidado, Wilbur! Ese chisme va a estrellarse contra el suelo. Y si estalla, probablemente lo hará como una bomba atómica», se dijo.

Y hundiendo el pedal de la izquierda y empujando la palanca hacia el mismo lado viró bruscamente apoyándose sobre el ala de estribor.

Mientras volaba hacia el norte, a la derecha de la estela luminiscente que iba haciéndose más amplia y menos brillante por instantes, Wilbur escuchó la voz del operador de Harrison que le llamaba: ¡Aló, Rose! ¡Aló, Rose! ¿Dónde está usted?

-Hola, Harrison -contestó Wilbur precipitadamente-. Conseguimos tocar el platillo volante con nuestros cohetes... sus tripulantes han saltado en paracaídas y el aparato va a estrellarse contra el suelo. ¿Me oye usted?

-Aló, Rose... Sí, le entiendo perfectamente -repuso la voz agitada del operador de Harrison-. Es... es... ¡fantástico! Pero escuche usted, Rose -siguió hablando rápidamente el operador-. Apenas debe quedarles gasolina para cinco minutos de vuelo... ¿Dónde se encuentran ahora?

-Mi compañero Hutchis fue derribado por el platillo volante... -Wilbur miró con angustia el *liquidometer*-. En efecto, mi nivel marca a cero, no voy a poder llegar hasta el aeródromo. ¡Atención, Harrison! Voy a saltar en paracaídas todo lo cerca posible de los pilotos del platillo. ¿Me escucha?

El cielo resplandeció en aquel momento con una luz verde azulada, extrañamente fría e intensa, que obligó *s* Wilbur a cerrar los ojos, nuevamente deslumbrado. Hasta la hermética cabina llegó el estampido ronco y prolongado de una horrísona explosión.

El enceguecedor relámpago parpadeó unos instantes y se extinguió de repente dejando al teniente coronel Devoe sumido en profunda oscuridad.

En este trágico momento el voraz «estómago» del reactor consumió el último litro de gasolina y el esbelto y veloz «F-100» de las Fuerzas Aéreas quedó convertido en un pájaro sin vida, abandonado a su propio e irremediable fin.

Wilbur sintió la fuerza de resistencia del aire que frenaba su impulso y

empujó la palanca hacia adelante para entrar en una picada que permitiera al aparato conservar aquella velocidad por debajo de la cual se convertiría en una máquina ingobernable en fulminante caída hacia el suelo.

La onda del aire desplazada por la explosión del platillo volante cogió al caza por debajo y por atrás y le zarandeó brutalmente.

-¡Aló, Rose! ¿Me oye usted? ¿Qué ha sido eso? -gangueó precipitada la voz del operador de Harrison-. ¡Parecía una bomba atómica!

-¡Aló, Harrison! ¿Vieron ustedes el fogonazo? Creo que fue el platillo volante... Estoy perdiendo altura con el motor parado... no sé dónde me encuentro, pero podrán dar conmigo siguiendo una línea recta desde el punto donde interceptó al platillo en dirección al sitio donde han visto brillar el fogonazo. ¿Entendido? ¡Cambio!

La visión volvía progresivamente a los deslumbrados ojos de Wilbur Devoe. Mientras desde la estación de Harrison un operador agitado respondía afirmativamente, el piloto inclinaba su máquina sobre el ala de babor explorando el espacio en busca del paracaídas azul celeste.

-Perfectamente -dijo con voz clara y tranquila. Ahora conocía bien cada uno de los movimientos que le correspondía hacer-. Debajo de mí está el parachutista que saltó en primer lugar del platillo volante. En la mochila de supervivencia llevo mi escopeta plegadiza. Voy a saltar detrás de ese tipo y trataré de capturarle mientras ustedes mandan socorros ¿Comprendido?

El operador contestó afirmativamente.

-Bien -dijo Wilbur mirando hacia abajo a través del transparente de la cabina-. Veo ahí abajo una especie de llanura. Buscaré un buen sitio donde pueda aterrizar el aeroplano de socorro y dispararé cohetes cuando le vea llegar. Voy a desconectar.

-Buena suerte, coronel -gangueó la voz del operador-. Corto.

Wilbur arrancó las clavijas del salpicadero. Miró al altímetro.

Siete mil metros.

Demasiada altura todavía. Si se lanzara ahora moriría congelado antes de llegar al suelo.

Los tripulantes del platillo, sin embargo, se lanzaron de una altura mayor. Quizás fueran protegidos por escafandras especiales... ¿Quién sabe?

La cabina había vuelto a quedar silenciosa. No se escuchaba más ruido que el silbido del viento en el cristal y el estertor ronco de las inhalaciones de oxígeno en la trompa que salía de su máscara.

Bajaba en pronunciada picada virando lentamente sobre el ala de babor.

Seis mil... cinco mil quinientos... cinco mil... cuatro mil quinientos metros.

Wilbur desconectó el tubo de goma de su máscara y quitó el pasador de seguridad de su asiento lanzable.

La aguja del altímetro seguía dando furiosas vueltas dentro de la esfera.

Cuatro mil metros... tres mil quinientos.

El teniente coronel Devoe retiró los pies de los pedales, unió las rodillas y apretó un botón.

Un cartucho de pólvora puesto debajo del asiento le lanzó bruscamente hacia arriba haciendo saltar la cubierta de la cabina. El paquete humano volteó en el espacio separándose del asiento y en seguida empezó a caer hacia tierra.

Un pequeño paracaídas se desplegó arrastrando consigo el paquete de seda y cuerdas. El paracaídas mayor se llenó de aire con seca detonación. El teniente coronel Devoe sintió el brutal tirón de los aparejos y poco después se encontró balanceándose plácidamente con el blanco rosetón del paracaídas flotando sobre su cabeza.

Su primera mirada fue para el «F-100» que en aquellos instantes se estrellaba contra el suelo, a tres kilómetros de distancia. Luego registró el cielo y la estepa en busca del paracaídas azul.

Lo vio a lo lejos, cayendo fláccidamente sobre el parachutista que acababa de llegar a tierra. El paracaídas era perfectamente visible, pero debido a la distancia Wilbur no pudo saber lo que el piloto del platillo volante estaba haciendo.

Mientras caía velozmente, el teniente coronel se arrancó la escafandra de la cabeza y la arrojó lejos de sí. Poco después entraba en violento contacto con el suelo, dando una voltereta del mejor estilo parachutista antes de ponerse en pie y desembarazarse rápidamente de los tirantes.

La mochila de supervivencia la llevaba amarrada fuertemente a los muslos.

Puesto de rodillas en el suelo Wilbur hizo saltar las hebillas y la abrió.

Nunca hasta ahora había tenido que hacer uso de la mochila, pero conocía su contenido con bastante aproximación: un hacha, una brújula, un catalejo, una gafas ahumadas, raciones de emergencia, anzuelos, mapas, cohetes de señales, un cuchillo... una escopeta plegadiza.

Wilbur cogió la escopeta. Era de un solo cañón. La montó, la cargó con un cartucho de bala, guardó la caja de municiones en un bolsillo y volvió a liarlo todo.

Echó a andar, mochila al hombro y escopeta al brazo. ¿A qué distancia se encontraba el misterioso superviviente del platillo volante?

Wilbur calculó unos dos kilómetros largos, quizás tres. Era, pues, cuestión de media hora de andar a paso rápido.

Ahora que estaba en tierra firme y marchando al encuentro de su desconocido enemigo, Wilbur Devoe experimentó con retraso las diversas sensaciones de la accidentada persecución. Todo había ocurrido muy de prisa allá arriba, pero las piernas y las manos le temblaban ahora.

Apenas llevaba andados quinientos metros cuando se sintió bañado en

sudor.

Se detuvo para desembarazarse del peso del traje de goma, el cual no dejaba circular el aire entre la ropa y la piel. También se quitó dos de los tres pares de guantes, quedándose solamente con los de lana.

Y no era que hiciese frío; todo lo contrario. El sol resplandecía en un cielo azul y la estepa por donde andaba era un dilatado prado verde sembrado de flores azules y amarillas.

Después de las varias semanas que llevaba destacado en Alaska, Wilbur Devoe no podía sorprenderse de las excelencias de este clima en un territorio situado 300 kilómetros arriba del Círculo Polar Ártico. Porque nada estaba más lejos de la realidad que la creencia común de que toda la región ártica estaba sepultada bajo una eterna costra de hielo.

En Fort Yukon, 6 kilómetros al norte del Círculo Polar Ártico, los 36 grados sobre cero a la sombra eran frecuentes todos los veranos.

Y no bajaban gran cosa de noche, porque allí no se ponía el sol durante la mitad del año, y uno se veía privado del fresco que suele acompañar a la oscuridad.

He aquí, pues, que como a Wilbur todavía le quedaban muchas semanas de sol, disponía de tiempo para capturar al misterioso tripulante de aquel enigmático platillo volante.

Aquellos seres desconocidos, fueran marcianos o terrestres, no contaban con la menor probabilidad de escapar del vasto territorio donde Wilbur Devoe los había precipitado junio con su fantástica aeronave.

Aunque había perdido dos aviones en la aventura, Wilbur se sentía satisfecho de su hazaña. Bien era cierto que el pobre Hutchis había perdido la vida en la empresa. Lamentable, sí. Pero al fin ¡iba a quedar descubierto el misterio que envolvía a los tan discutidos platillos volantes!

¿Hombres o pulpos? ¿Seres humanos o criaturas extraterrestres?

Las Fuerzas Aéreas norteamericanas darían cualquier cosa por averiguarlo. Bien, había llegado el momento de saberlo.

Wilbur se detuvo jadeante sobre un cerro que dominaba la verde y florida pradera. Allá abajo estaba el paracaídas azul, a medias hinchado por la brisa que mecía las campanillas y las margaritas silvestres.

Wilbur se dijo que quizás convendría explorar el terreno antes de adentrarse en él. ¿Quién sabía si el misterioso tripulante del platillo volador no estaría armado con armas de desconocido y sobrenatural poder?

-Todo esto es un poco ridículo -murmuró en voz alta contestándose a su propia pregunta-. Unos individuos que utilizan paracaídas para ponerse a salvo no deben ser en esencia diferentes de los demás mortales.

Sin embargo, por si acaso, se echó de bruces en el suelo y asestó el catalejo contra el paracaídas.

Había un objeto yacente entre la hierba, pero no pudo identificarlo por

estar cubierto con el paracaídas. El coronel creyó entrever unos zapatos cuyas puntas estaban vueltas hacia el cielo.

Quizás el parachutista se hubiera roto la columna vertebral o sufrido cualquier otro accidente grave al aterrizar.

Wilbur plegó el catalejo, empuñó la escopeta y reanudó la marcha.

Estaba seguro que el hombre que yacía allá no era un marciano ni habitante alguno de cualquier otra parte que no fuera el mismo planeta Tierra. Los «O.V.D.», siglas con que se identificaban los «platillos volantes» y demás; «Objetos volantes desconocidos» sólo podían proceder de Rusia.

Con todo, el corazón le palpitaba aceleradamente al acercarse al paracaídas. Cuando se encontraba a quince pasos de distancia se detuvo, encañonó al bulto y gritó:

-¡Dese preso, amigo! ¡Le estoy apuntando con un rifle!

Silencio. El viento meció las florecillas silvestres e hinchó el paracaídas descubriendo unos pies muy grandes, cuyos zapatos tenían la punta cuadrada.

Wilbur Devoe se pasó la lengua por los labios.

Vaciló un instante. Luego, con súbita decisión, avanzó rápidamente, asió la tela del paracaídas y tiró de ella con fuerza.

Una ronca exclamación brotó de su garganta al ver lo que había debajo de la tela.

Era un muñeco. Un extraño y grotesco muñeco de aproximadamente metro y medio de estatura, el más ridículo de los monigotes que el coronel había visto jamás.

Lo que pudiera llamarse «cuerpo» estaba formado por un cilindro parecido a los bidones que solían utilizarse para el transporte de gasolina. En la tapa superior de este cilindro, alzada sobre un «cuello» metálico, se veía una esfera en cuyo frente tenía una especie de cortinilla: o telón protegido por una pequeña visera.

Los brazos y las piernas del muñeco eran de extrema delgadez y estaban absurdamente desproporcionados con las dimensiones del cuerpo; más cortas de lo normal las piernas; demasiado largos los brazos esqueléticos, rematados con sendas manos de acero, provistas de cuatro dedos articulados.

Wilbur Devoe se quedó contemplando al muñeco, y como para asegurarse de que carecía de vida propia le asestó un fuerte puntapié.

El cilindro, que era muy ligero, se movió sonando a hueco y a metálico.

-¡Hojalata! -exclamó Wilbur. Y recordando el lujo de precauciones que había usado para acercarse a este adefesio inofensivo sintió ganas de echarse a reír.

Y lo hubiera hecho, seguramente, a no escucharse en aquel momento el

rugido de unos motores de aviación que se acercaban por el norte.

Debía tratarse de los aviones mandados apresuradamente para relevar a la patrulla de Wilbur.

Con premura y todo, los cazas llegaban bastante tarde. Pero no era cosa de dejarlos pasar. Wilbur abrió apresuradamente la mochila para sacar la pistola de señales.

Tres cazas a reacción «F-100» aparecieron en el horizonte volando a gran velocidad y pasaron rugiendo por encima del teniente coronel, antes que éste tuviera tiempo de disparar el primer cohete.

-Volverán -dijo en voz alta.

Y como descubriera que la mochila de supervivencia contenía también un paquete de cigarrillos y cerillas se sentó a fumar.

Volvióse a contemplar al grotesco monigote de hojalata. Y entonces ¡gran Dios!

El cigarrillo quedó colgando pegado del labio de Wilbur Devoe, mientras éste permanecía con la boca abierta de asombro.

La cortinilla del frente de la esfera metálica que figuraba la cabeza del muñeco se había levantado mientras Wilbur permanecía de espaldas.

¡Y un gran y malévolo ojo amarillo le contemplaba fija, pensativamente!

La cortinilla bajó velozmente, cubriendo la rutilante pupila con un seco «clic».

CAPÍTULO III

Una extraordinaria actividad reinaba en la base aérea de Fairbanks cuando el «Douglas» que llevaba a Wilbur Devoe tomó tierra. No sólo los cazas a reacción hacían frecuentes entradas y salidas, sino que había allí dos panzudos transportes «C-119» hartándose de soldados paracaidistas que iban a lanzarse sobre la región donde se estrelló el «platillo volante».

¿Platillo volante? Bueno, bueno. Esto de «platillo volante» era un decir. Wilbur Devoe había encontrado a la tripulación del «Douglas» poco dispuesta a creer en su fantástico relato. Y la misma expresión de incredulidad estaba presente en el ceño fruncido del general Kennedy, cuando Wilbur se enfrentó con él nada más bajar del aparato.

Con el general aguardaba un grupo de jefes y oficiales, entre éstos el doctor Edgerton, que había traído una ambulancia.

La impaciencia de Kennedy era evidente. Ni siquiera aguardó a encontrarse en su despacho para preguntar:

-¿Qué demonios de historia es esa de no sé qué platillo volante, Wilbur?

-Hutchis y yo lo derribamos, señor. Antes de caer el dichoso platillo nos largó un cohete que alcanzó a Hutchis y lo hizo pedazos.

-Lo que yo quiero decir es esto, Wilbur. ¿Está seguro que se trataba de un platillo volante? ¿No pudo ser un bombardero soviético de algún modelo particular? Fíjese bien en esto, Wilbur, pues de su respuesta depende quizás la suerte de nuestro país.

Wilbur leyó la palabra «PELIGRO» escrita en grandes letras de neón sobre la gorra del general y contestó evasivamente:

-Si los rusos han creado un modelo particular de bombardero a chorro, la particularidad del que yo he visto consiste en que no se parece en nada a nada de lo visto hasta ahora.

El general Kennedy puso los ojos en blanco *y* preguntó:

-¿Qué galimatias es ese? ¿Era un bombardero a reacción o un platillo volante? Eso es lo que queremos saber.

-¿Y cómo quiere que lo sepa? A mí me pareció un platillo volante. CREO que era un platillo volante. Si el platillo volante procedía de la Unión Soviética o de Marte, eso no puedo asegurarlo. Desde luego, no es cuenta mía

Kennedy dejó oír un gemido.

-Tengo los tímpanos destrozados de tanto atender llamadas telefónicas -aseguró-. Los sismógrafos registraron el temblor de tierra y parece que no hay duda acerca de lo que produjo la conmoción. Fue una explosión atómica. Ahora Washington quiere saber si lo que usted dice haber derribado era un platillo volante o un avión soviético cargado de bombas

atómicas.

-Para mí y para Hutchis era un platillo volante -repitió Wilbur-. Si procedía de Rusia o de otra parte, lo dejo a discreción de ustedes. No seré yo el causante de que se arme una guerra atómica y arda el mundo por los cuatro costados.

El general se pasó una mano por la cara dando muestras de gran desasosiego.

-Hablemos de ese prisionero que usted dice haber capturado. ¿Dónde está?

Wilbur señaló un bulto cubierto con una manta que en aquellos momentos era bajado del avión en una camilla

-¿Sigue con vida? -preguntó el doctor Edgerton colgándose el estetoscopio del cuello.

-Yo diría que sí. Pero, oiga. ¿Dónde va usted con ese estetoscopio? No es eso lo que necesita para reconocer al prisionero, sino un abrelatas.

-¿Qué tonterías está diciendo? -gruñó el doctor.

Y avanzando junto con el general Kennedy se acercó a la camilla y levantó una punta de la manta.

Escuchóse al punto una doble exclamación de asombro.

-¡Coronel Devoe! -rugió el general con la faz roja de rabia-. ¿Qué broma es esta? ¿Cómo se permite?...

-No se trata de una broma, general -contestó Wilbur cuadrándose con seco taconazo-. Ese es el prisionero del que le hablé, el mismo que saltó del platillo volante en paracaídas.

-¿Quiere hacerme creer que ese grotesco monigote de hojalata es capaz de saltar por sí mismo en paracaídas?

-Saltó por sí mismo o lo hicieron saltar, mi general. De todos modos ese muñeco fue lo único que encontré atado al paracaídas.

-¡Devoe! -aulló Kennedy-. ¡Esto le costará un disgusto! Notifiqué a Washington que había cogido usted un prisionero. ¿Cómo cree que acogerán allá esta broma? ¿Por qué no me dijo que su prisionero era de hojalata?

-Usted me preguntó si el prisionero estaba aún con vida. Después de haberle dicho que sí ¿Cómo iba a creerme usted si le decía que el paracaidista era un muñeco de aluminio? No hubiéramos podido entendernos por radio, y por eso dejé para más tarde la explicación completa del asunto.

La mirada que el general le dejó caer sobre Wilbur era de las que fulminaban como un rayo.

-Bien -dijo con voz sibilante-. Ya es «más tarde». ¿Quiere explicar ahora de una vez su incalificable conducta?

Wilbur Devoe restregó nerviosamente los pies en el suelo. Nunca pensó

que aquello fuera tan difícil de explicar.

A su alrededor el personal de la Base había ido formando un circulo de caras burlonas, ojos curiosos y oídos que se afinaban para no perder una sola silaba.

-Mire -dijo Wilbur muy apurado-. Yo no sé cómo ni por qué, pero este tipo de hojalata se movió. ¡Me estuvo mirando fijamente y luego cerró su ojo.

El amenazador silencio que siguió a sus palabras advirtió a Wilbur del peligro que corría de ser llevado a un manicomio.

-Fue por esa cortinilla que tiene en la cabeza -explicó precipitadamente-. La levantó mientras yo estaba de espaldas. Me miró con un ojo grande y amarillo, y en seguida dejó caer la cortinilla como asustado.

El general se quedó mirando a Wilbur de hito en hito. Luego se volvió lentamente hacia el bulto tendido en la camilla. Los hombres que estaban cerca de ésta se aparcaron en un instintivo movimiento de respeto y temor.

Un coronel de los servicios técnicos de tierra, que además de su grado militar tenía título de ingeniero electrónico, se destacó del grupo avanzando hacia el general.

-¿Me permite echar un vistazo a ese muñeco, general?

Kennedy afirmó con la cabeza y se acercó también a la camilla. El coronel, cuyo nombre era Gardner, levantó la manta y la echó hacia atrás descubriendo la cabeza y casi todo el cuerpo cilíndrico del muñeco.

-Acérquese, Devoe -dijo Gardner-. ¿Fue por esta ventanilla por donde le miró aquel ojo?

-Sí. La plancha que la cubre sube y baja como un obturador fotográfico de cortinilla.

-Creo que podré levantarla si me dan un destornillador -dijo el técnico.

Pero el general se opuso,

-No toque nada, Gardner. Podría ser peligroso. No sabemos nada de este muñeco, excepto que según las trazas iba a bordo del aparato que derribó el coronel Devoe. ¿Cree que se trata de un robot?

-Sin duda lo es. Lo que Wilbur tomó por un ojo humano podría ser un ojo electrónico.

Kennedy miró aprensivamente al grotesco muñeco de metal.

-Pónganlo en lugar seguro con centinelas de vista y que nadie lo toque hasta que Washington decida lo que ha de hacerse. Vuelvan a sus ocupaciones, caballeros -dijo volviéndose hacia el grupo de oficiales-. En cuanto a usted, Wilbur, vaya a ponerse cómodo y acuda a mi oficina. Quiero que me haga un informe por escrito de todo lo ocurrido.

El grupo se dispersó, marchando Wilbur en primer lugar a despojarse de su ceñido y molesto traje de vuelo. Media hora más tarde se presentaba

en la oficina del general.

El general atendía en aquellos momentos una llamada telefónica.

-¿Qué hay del segundo paracaidista? -le preguntó Wilbur cuando colgaba el teléfono.

-Seguimos buscándolo desde el aire. Hay una extensa zona alrededor de donde cayó el platillo volante fuertemente contaminada de radiactividad. Las fuerzas paracaidistas ya están en camino hacia allá y podrán explorar cada palmo de terreno., nuestros cazas son demasiado rápidos para efectuar una exploración minuciosa desde el aire. He pedido aeroplanos de hélice para que acudan en apoyo de los paracaidistas.

-¿Washington qué dice de todo esto?

-Hay que encontrar a ese segundo parachutista cueste lo que cueste. Un grupo de técnicos y científicos se han puesto en camino hacia acá. Viajan en un par de bombarderos «B-66».

Los «B-66» eran bombarderos medianos de reacción, lo cual parecía indicar que los técnicos y científicos tenían gran prisa por llegar a Alaska.

-Los técnicos, supongo, vendrán por lo del robot -murmuró Wilbur.

-Es curioso -murmuró Kennedy mirando al piloto por encima de las gafas que solo utilizaba en la oficina-. Creí que Washington pondría el grito en el cielo al conocer la identidad de su prisionero de usted.

-¿Y no fue así?

-Hubo un largo silencio al final de la línea telefónica. Luego se escuchó un cuchicheo, y finalmente dijeron que era MUY INTERESANTE. Me preguntaron si teníamos motivos para sospechar que el segundo paracaidista se trataba también de un muñeco de metal.

Wilbur dejó escapar un largo silbido de asombro

-¿No creerán que el tal platillo volante fuera tripulado por pilotos «robot», verdad? -preguntó.

A lo que Kennedy repuso de mal talante.

-¿Y qué se yo lo que son capaces de creer? A mí, personalmente, la idea me parece absurda. ¿Puede imaginarse usted un platillo volante con un par de tipos de hojalata sentados ante los mandos y comportándose como dos personas normales?

Wilbur negó sonriendo porque, verdaderamente, no podía imaginarse un cuadro tan fantástico.

Llamaron en aquel momento. Y antes que el general Kennedy diera su permiso la puerta se abrió ante el coronel Gardner.

-Hola, Gardner. ¿Qué ocurre? -preguntó Kennedy.

-Lo que me figuraba -contestó el coronel-. Le apliqué un contador Geiger al muñeco robot. Despide gran radiactividad.

-¡Diablo! -el general pegó un brinco en su sillón giratorio-. ¿Es peligroso?

-Sí, puede serlo para aquellos que permanezcan algún tiempo expuestos a la radiación. He ordenado a los centinelas que salieran del taller y creo que sería conveniente rodear al robot de planchas de plomo o de una pared de hormigón.

Gardner volvióse hacia Wilbur.

-¿Estuvo usted junto al robot todo el tiempo desde que lo encontró hasta traerlo aquí?

-Sí -contestó Wilbur sintiéndose preocupado-. Pero no siempre a corta distancia. Después que el muñeco movió aquella cortinilla y me miró pensé que no era de fiar y me alejé un buen trecho vigilándole a distancia hasta que llegó el avión de socorro.

-Eso puede haber sido una suerte para usted. De todos modos creo que debe presentarse al doctor Edgerton y hacer que le analice la sangre.

Wilbur miró al general.

-Sí, vaya usted, Wilbur -dijo Kennedy con expresión preocupada-. El informe puede esperar.

Wilbur abandonó apresuradamente la oficina. «*Estaría bueno que ese maldito robot se hubiera vengado de mí asesinándome radiológicamente*», se dijo muy preocupado mientras andaba hacia la enfermería.

Wilbur fue introducido inmediatamente en el despacho del doctor Edgerton, el cual estaba hablando por teléfono.

-Gardner me dice que ese robot metálico está emitiendo radiactividad superior a los cien «roentgen» -dijo el doctor colgando el teléfono.

Y Wilbur contestó:

-¿Cien «roentgen» es mucho, no es cierto?

-Verá usted. Exponerse a un centenar de «roentgen» es peligroso, pero rara vez de efectos mortales. En Hirosima, la explosión a cuatrocientos roentgen fue fatal para algunas personas y no para otras.

-Bueno -farfulló Wilbur-. Parece que yo he estado encajando ese centenar o más de roentgen mientras permanecía junto al robot. ¿Qué debo hacer?

-¿Tocó usted al muñeco con sus manos?

-No. Los muchachos que llegaron en el «Douglas» se encargaron de cogerlo y llevarlo a bordo. No pesa casi nada, como si estuviera hecho de aluminio. Yo me encargué de recoger el paracaídas.

-Le tomaremos una muestra de sangre para analizarla, si bien todavía es pronto para que la enfermedad radiológica haya operado en ella cambios notables. Ya sabe usted que los síntomas del síndrome radiológico suelen retrasarse varios días, a menos que se trate de un caso agudo. Pero ese caso no puede ser el suyo, con una exposición a sólo un centenar de roentgen.

Wilbur Devoe se sintió más tranquilo después de aquella conversación con el doctor Edgerton.

Mientras le sacaban una muestra de sangre llegaron a la enfermería los pilotos, los tripulantes del «Douglas», los soldados y algunas personas más que durante el desempeño de sus funciones tocaron al robot o estuvieron cerca de él.

Colocados frente a un detector de radiactividad, la mayoría de aquellos hombres resultaron estar contaminados. El doctor les hizo pasar al cuarto de sanidad, donde fueron duchados y enérgicamente fregoteados con cepillos, especialmente entre la carne y las uñas, hasta que la aguja del detector señaló a cero.

No se encontraron señales de radiactividad sobre Wilbur. Pero sus ropas de vuelo, mandadas traer por el doctor, aparecieron fuertemente contaminadas.

Wilbur regresó a la oficina del general y se sentó a una mesa para redactar su informe.

Tres horas le llevó narrar su aventura en media docena de cuartillas, y aquel derroche literario le dejó más rendido que seis horas de vuelo amarrado al asiento de un caza a reacción.

Al ir a entregar el informe supo que las tropas paracaidistas habían aterrizado cerca del punto donde fue hallado el «robot» y avanzaban desplegadas en una extensión de dos kilómetros hacia el lugar donde debió tomar tierra el segundo tripulante del O.V.D.

Era cerca de medianoche cuando se retiró a descansar. Durmió como un leño.

El primer ruido que oyó al despertar fue el rugido de unos motores a reacción que sonaban cerca de los pabellones. Al mirar por la ventana Wilbur Devoe vio un par de bombarderos «B-66» que acababan de tomar tierra y se detenían frente a los edificios de la administración del aeródromo.

De la presencia del general Kennedy y su plana mayor en la pista de rodaje Wilbur infirió que se trataba de los aviones en donde viajaba aquel equipo de técnicos mandados apresuradamente desde Washington.

Wilbur esperó hasta que el general avanzó hacia un pequeño grupo de gente que acababa de saltar de los bombarderos. Entonces se retiró de la ventana y se dedicó a su aseo personal.

No había transcurrido una hora cuando le fue a buscar un ordenanza.

-El general le espera para almorzar dentro de media hora, coronel.

Poco después, recién afeitado, bañado y vistiendo su mejor uniforme, el teniente coronel Devoe cruzada la pista de rodaje Se sentía un poco cansado aquella mañana, lo cual atribuyó a un ligero resfriado contraído la tarde anterior mientras esperaba auxilio junto al muñeco «robot» con las ropas empapadas de sudor.

Del taller donde había sido alojado el robot salía en aquellos momentos

un grupo de gente al frente del cual marchaba el general Kennedy acompañado de un hombre y de una mujer.

Wilbur no sentía el menor interés por el acompañante masculino del general, pero no quitó ojo de la mujer a medida que ésta se acercaba.

Se trataba de una mujer alta, esbelta, de unos 25 años, a la que un par de lentes daban un aire marcadamente profesoral, sensación que contribuían a aumentar su pelo negro y liso recogido a la nuca, su severo traje sastre y sus rudos zapatos de tacón bajo

Por si todo aquello fuera poco, la mujer llevaba una cartera de cuero bajo el brazo, y asentía con graves y profundos movimientos de cabeza a cada palabra del general Kennedy.

-¡Hola, Wilbur! -saludó el general desde lejos-. Espere un momento.

Wilbur no tenía intención de hacer otra cosa.

-Éste fue el hombre que derribó al platillo volante -oyó Wilbur que decía el general.

Y tanto la «profesora» como el otro acompañante de Kennedy miraron a Wilbur con interés.

-Buenos días, general -saludó Wilbur tocándose la visera de la gorra con los dedos-. Buenos días -añadió dirigiéndose a la joven y al otro hombre.

-Les presento al teniente coronel Wilbur Devoe, el primer hombre que consiguió derribar lo que él califica de platillo volante. Wilbur, le presentó a la profesora Maher. Éste es el profesor Kendrick.

Wilbur vio ante sí un rostro pálido de delicado óvalo, unos ojos pardos que le miraban detrás de unos cristales y unos labios gordezuelos, sin rastro de carmín que le sonreían débilmente.

El rostro del profesor Kendrick era alargado, chupado, cetrino y surcado de numerosas arrugas.

También llevaba gafas. Unas gafas de montura de concha, con unos cristales enormemente gruesos tras los que centelleaban unos ojos oscuros y perspicaces.

El resto del grupo que venía detrás enzarzado en alguna acalorada discusión se detuvo junto al general.

Wilbur estrechó la mano de cinco hombres; el profesor Penrose, joven experto en Física Nuclear; el ingeniero Woondrow, experto en «cerebros electrónicos», el profesor Karvel, técnico de la misma materia; el comandante Brusch, observador de la Armada y el profesor Bennett, astrofísico de cierta renombrada Universidad norteamericana.

El profesor Kendrick, según Wilbur supo después, era un eminente bioquímico.

-¿Hay noticias? -preguntó Wilbur-. ¿Encontraron por fin al segundo paracaidista?

-Encontramos su paracaídas. Pero del individuo ¡ni rastro! Hemos destacado más fuerzas paracaidistas allá para que empiecen a explorar cada palmo de terreno en un área que tiene por centro el punto donde se encontró ese paracaídas -dijo el general.

-Bueno, todo es cuestión de tiempo. ¿Y de ese ojo que me miró, qué hay? -preguntó Wilbur.

El profesor Karvel carraspeó. Kennedy se echó a reír y dijo:

-Hay quien cree que lo que usted tomó por una pupila viviente no es más que el objetivo de una cámara televisora, o un ojo electrónico, en el mejor de los casos.

-No pensarán lo mismo cuando ese ojo se clave en ustedes. ¿Qué esperan para levantar aquella cortinilla?

-Están duchando al muñeco.

-¿Duchándolo? ¿Y para qué?

El profesor Karvel tomó la palabra:

-El robot, si es que en efecto se trata de un robot, está cubierto de polvo radiactivo. Hemos leído su informe, coronel. Y de él, como la radiactividad que los aviones han registrado a lo largo de la que fue trayectoria del aparato, hemos deducido que la estela luminosa vista por usted era un escape de polvo radiactivo.

-¿Procedente de un motor atómico, quizás?

-Posiblemente, si el aparato que usted derribó iba accionado por un motor de esa clase. Esto parece lo más probable, ya que el polvo seguía saliendo del aparato cuando sus tripulantes se lanzaron en paracaídas. Ese polvo debió alcanzar al robot, haciéndole radiactivo por inducción. Tal como está ahora el robot, no podríamos trabajar en él más de una hora diaria durante dos semanas. Esperamos despojarle de alguna radiactividad con este baño. Luego procederemos a su examen. Y ya verá usted como no hay ningún bicho dentro de la cabeza de ese robot, cual usted parece querer insinuar al hablarnos de un ojo «vivo».

-No sólo era «vivo». Por la forma en que me miró yo diría que era también «humano».

Penrose, Woondrow, Karvel y el comandante Brush se echaron a reír. La faz de la joven profesora Maher siguió tranquila e indiferente.

En cuanto el profesor Kendrick no sólo no rió, sino que sus negros ojillos chispearon de una forma particular detrás de los gruesos cristales de las gafas.

Wilbur intuyó en él un fuerte aliado.

El grupo entró en la residencia del general y tomó asiento alrededor de la mesa para almorzar. El azar dispuso que la profesora Maher tomara asiento junto a Wilbur, ocasión que éste aprovechó para preguntarle:

-¿Y en cuanto a usted cuál es su especialidad, miss Maher?

-He estudiado Medicina, pero en la actualidad me ocupo en radiología.

-¿Quiere decir que cura la enfermedad radiológica?

-La estudio experimentalmente.

-Entonces quizás pueda servirle yo de conejillo de indias. Permanecí varias horas junto a ese monigote radiactivo. ¿Puede ser malo eso?

-El doctor Edgerton me habló de su caso. No tiene que preocuparse demasiado. Recibió en una sola dosis la radiactividad que mister Woondrow y el profesor Karvel recibirán en ocho o diez días mientras trabajan en el robot. Le he aconsejado al doctor que le inyecte sales de mercurio y le haga frecuentes trasfusiones de sangre. Con eso y la administración de algunos antibióticos es posible que ni siquiera lleguen a manifestarse los síntomas de la enfermedad radiológica.

-¿Se refiere a la caída del cabello? -preguntó Wilbur muy preocupado-. No me gustaría verme calvo de la noche a la mañana.

La profesora Maher sonrió.

-No tema. El pelo así perdido vuelve a crecer a los tres o cuatro meses.

-¡Cuatro meses! -exclamó el piloto. Y sacudiendo la cabeza añadió-: Qué mala suerte. ¡Mire que haber tantos miles de pilotos en el mundo, y tocarme precisamente a mí ese platillo volante!

-¿Por qué se queja? Esto le convertirá en el piloto más famoso del mundo. Nadie hasta ahora había conseguido derribar un platillo volante.

-Al burro muerto, la cebada al rabo. ¿De qué puede servirme la popularidad si me mata la dosis de radiactividad que he recibido?

-¡Oh, no va a morirse por eso!

-¿Usted me lo promete?

Ella se echó a reír. Y Wilbur descubrió entonces que, despojada de su aire doctoral, la profesora Maher parecía otra completamente distinta; mucho más joven y bonita.

-Si usted se muere de resultas de la radiactividad que emana el robot -dijo la profesora con pupilas chispeantes- le autorizo para que vuelva de ultratumba *y* me arañe.

-Así lo haré -prometió Wilbur con énfasis.

La entrada de un ordenanza con un radio para el general interrumpió por un momento la conversación.

Kennedy echó un vistazo al radiograma. Gruñó, despidió al ordenanza con un ademán e informó.

-El coronel jefe de los paracaidistas nos aconseja que pidamos más tropas aerotransportadas. Es natural. A medida que los paracaidistas avanzan alejándose del centro del círculo se va ensanchando el perímetro y hacen falta mayor número de hombres.

-¿Por qué no utilizamos el radar para buscar al fugitivo? -insinuó Wilbur.

Un haz de críticas miradas convergió sobre el autor de tal sugerencia.

-¿Cómo es posible que se le ocurra tal idea a *usted?* -refunfuñó el general Kennedy-. Aun suponiendo que el individuo llevara encima armas u otros objetos metálicos, detectar éstos con un aparato de radar situado a bordo de un aeroplano sería cien veces más difícil que descubrir el periscopio de un submarino en pleno océano.

-No estaba pensando en las armas que pudiera llevar ese individuo, sino en otras cosas -se excusó Wilbur sintiéndose enrojecer bajo la mirada de censura del general-. Hasta ahora hemos partido de la suposición que el segundo tripulante del platillo era una persona de carne y hueso. ¿Pero no podría ser otro hombre robot como el que tenemos aquí?

-¡Otro robot! -exclamó Kennedy.

Y el profesor Kendrick murmuró:

-¿Por qué no?

-¡Oiga, profesor! -dijo el comandante Brush-. ¿No estará usted pensando en un platillo volante tripulado solamente por muñecos mecánicos, verdad?

-Dejaré de pensarlo si usted me ofrece una razón lo bastante convincente para negar esa posibilidad, comandante Brush.

-¡Oh, eso es absurdo!

-¿Por qué es absurdo?

Brush se volvió a mirar a Woondrow y al profesor Karvel en demanda de auxilio.

-Ustedes son especialistas en máquinas robot. ¿Qué tienen que decir a esto?

CAPÍTULO IV

Karvel y Woondrow se estudiaron con la mirada, temerosos de incurrir el uno en la censura del otro.

Fue Woondrow quien finalmente carraspeó y dijo:

-Sabemos ya bastante sobre robots para empezar a construir uno que remede las formas humanas y ande sobre dos piernas. Ese robot, mandado por control remoto, sería capaz de ocupar el asiento de un caza a reacción y, moviendo pies y manos, según las instrucciones trasmitidas por otro piloto situado en tierra, pilotar el aparato dentro de un razonable margen de eficiencia. Sí. Su construcción entra de lleno en las posibilidades humanas... y se sale de las reglas de la lógica. No existe ninguna razón para construir un robot de ese tipo, a menos que se trate de hacer un alarde de técnica e ingenio. Un robot de cuatro patas, que imitara a una tortuga, sería tan eficiente como uno de dos y resultaría mucho más sencillo de construir. Pero incluso un piloto robot sin piernas y sin figura humana sería tan eficiente o más que otros dos, y su construcción no crearía ningún problema especial. Estos pilotos ya existen y han operado a entera satisfacción de sus constructores. La pregunta por lo tanto no es si ese robot puede construirse. La pregunta es ¿se infiere alguna utilidad de construirlo?

-Alguna utilidad habrá, pues, que existen y han sido utilizados para pilotar un platillo volante.

-¿Y cómo sabe usted que la misión de ese u otros robots a bordo del platillo volante era pilotarlo y no otra? -preguntó el comandante Brush incisivamente.

-La verdad es que no lo sé -contestó Wilbur-. Simplemente procuro razonar lógica. Y la lógica me dice en este caso que, si es posible construir un muñeco robot que obedezca cualquier movimiento que se le ordene por radio, todas las demás máquinas robot están de sobra a bordo de un platillo volante.

-Esa es una respuesta razonable -aseguró el general Kennedy, evidentemente satisfecho de su subordinado-. Si las dificultades para construir un muñeco robot han sido superadas por los dueños del platillo volante, cual parece evidente, lo más sencillo sería sentar ese monigote en el puesto del piloto y hacer que lo manejara como una marioneta mandada por control remoto.

Woondrow enrojeció bajo la irónica mirada del profesor Karvel.

-Bien -dijo mordiendo las palabras con el despecho de la derrota-. Si lo cree así debe ordenar a sus aeroplanos que utilicen el radar para buscar al otro superviviente.

-Es lo que voy a hacer ahora mismo -aseguró Kennedy abandonando la mesa para ausentarse unos momentos.

-Bien -dijo al regresar mientras volvía a sentarse-. Veremos si eso da resultado.

-General -dijo Woondrow, todavía escocido por la derrota-. ¿No se le ha ocurrido preguntarse por qué razón un muñeco robot puede saltar en paracaídas al saber que su aparato va a estrellarse, y luego poner pies en polvorosa huyendo de nosotros?

-No seré tan tonto que piense que esos muñecos razonan por sí mismos como personas -contestó Kennedy riendo-. Supongo que si abandonaron el aparato fue porque alguien se lo ordenó.

-¿Alguien que quiso salvar los muñecos, ya que no era posible evitar la catástrofe del platillo volante? -preguntó Woondrow.

-Sí. ¿Por qué no? Esos muñecos deben haber costado un dineral a sus propietarios. Parece bastante lógico que éstos se resistan a perderlos, en cuyo caso les ordenarían abandonar el aparato y reunirse en tierra para ser recogidos posteriormente.

-General -dijo Woondrow- habla usted de «abandonar el aparato» y «reunirse» como si esos muñecos fueran seres humanos. La realidad es que no puede ordenársele a una máquina robot que haga ciertas cosas.

-Bueno, yo sé lo que quiero decir -gruñó el general-. Claro, no puede decírsele a uno robot: «Tú, Pepe. Abandona eso y salta en paracaídas». Sin embargo, puede dirigírsele por radio como a un automóvil, o como dirige un mecánico una excavadora mecánica. Tira usted de una palanca y el robot se pone en pie. Con un volante le hace dar media vuelta. Aprieta el acelerador y le encamina hacia la escotilla. «¡Alto!». Ahora avanza una mano y aprieta el botón que abre la puerta... Supongo que el muñeco tiene una cámara televisora en la cabeza, y que el operador que lo maneja desde dos o tres mil kilómetros de distancia ve reflejado en una pantalla lo mismo que «ve» el muñeco. ¿No es así poco más o menos como se maneja un robot por radio?

-Así es, «poco más o menos» -asintió Woondrow con ironía que no trató de disimular.

-Escuche, Woondrow -dijo el general sin dar muestras de resentimiento-. ¿Por qué es usted tan contrario a la teoría de que aquél platillo volante iba tripulado exclusivamente por «hombres robot»

-Tengo algunas «pequeñas» razones -contestó el ingeniero subrayando la palabra-. La más pequeña de todas es que nadie ha conseguido todavía captar en su receptor de televisión imágenes directas de una emisión televisada a más de doscientos kilómetros de distancia. Usted sabrá seguramente que las imágenes de televisión, al igual que la luz, se propagan en línea recta. Por lo tanto, la redondez del planeta impide que las imágenes de la estación emisora alcancen a cualquier receptor que esté situado tras la línea del horizonte.

-Desde luego que lo sé, y bien que lo lamento aquí, donde no puedo servirme de mi receptor para presenciar las partidas de pelota base. Pero lo que para nosotros es hoy día una dificultad insuperable, puede haber sido resuelto por la técnica de otros planetas.

-¡Ah! -exclamó Woondrow sonriéndose. Y miró a las caras de sus compañeros de equipo.

Hubo un largo y elocuente silencio, durante el cual, todos, o excepción de Wilbur, bajaron la vista sobre el plato.

El general Kennedy enrojeció.

-Parece que hubiera dicho una inconveniencia -murmuró.

-¡Oh, no se trata de eso, general! -exclamó el profesor Bennett-. Sólo que... ¡ejem! todavía es pronto para... em... ¡Bueno! Estamos estudiando el caso bajo la suposición que el platillo volante, si acaso se trataba de un platillo volante...

-Era un platillo volante -aseguró Wilbur, resentido porque alguien pusiera en duda su vista v acaso su buen juicio.

-Suponiendo que lo fuera. ¿Es que un platillo volante no puede proceder de otra parte, si no es de Marte?

-Apuesto doble contra sencillo a que están pensando en Rusia. ¡Pobres rusos! -exclamó Wilbur con sorna-. Nos está pasando con ellos lo mismo que con los japoneses. Empezamos despreciándolos y acabamos por atribuirles la potencia y el ingenio de unos superhombres. Es obvio que si la Unión Soviética poseyera unos aparatos como los platillos volantes ya hubieran venido a ajustamos las cuentas por todas las cosas que de ellos llevamos dichas.

-Pues técnicamente aquel aparato no demostró ser superior a nuestros cazas a reacción -apuntó el comandante Brush-. Usted le alcanzó y pudo derribarle en la primera andanada de cohetes.

-Sí, mas sólo porque le pillamos desprevenido. Y mire usted, nosotros tuvimos que largarle un buen puñado de cohetes esperando que la casualidad llevara alguno a pegar contra el platillo volante. Él nos contestó con un solo cohete, y ese fue derecho contra el caza de Hutchis, desintegrándolo con una explosión tremenda. No se trataba de una explosión corriente. Yo más bien diría que fue el estallido de una pequeña bomba atómica.

-Eso no demuestra nada. También nosotros tenemos proyectiles cohete que marchan en busca del blanco por sí solos.

-Sí, es cierto. Sin embargo...

-No hubo nada de sobrenatural en la aparición de aquel aparato -cortó el marino fríamente-. No volaba a una velocidad superior a la del sonido, ni hizo una subida rápida ni un viraje brusco para escapar, cual estamos cansados de oír que hacen los platillos volantes a personas poco dignas de

crédito. No utilizó ningún rayo desintegrador para deshacerse de ustedes, y su tripulación tuvo que rebajarse a la humillación de utilizar simples y vulgares paracaídas para ponerse a salvo.

-¿Y qué esperaba usted que utilizaran? -gritó Wilbur, ya cansado de la terca incredulidad del marino-. ¿Sombrillas japonesas? ¿Alas de mariposa... o una hélice de helicóptero en el rabo?

-Cualquiera de esas cosas hubiera dado el apetecido «bouquet» fantástico a su maravillosa aventura, coronel. Verá usted como el público se siente profundamente decepcionado al saber que los supuestos marcianos utilizaron paracaídas para salvar la piel -dijo el comandante sin perder su acento festivo.

Y Wilbur le contestó:

-¡Váyase al cuerno!

Después de lo cual el general Kennedy hizo un despliegue de táctica militar dando por terminado el almuerzo y poniendo fin a la discusión.

El grupo de técnicos y científicos marchó a preparar su equipo de investigación.

El profesor Penrose pidió prestado al general el equipo de televisión, mediante el cual y por medio de una cámara emplazada en la torre de vuelos, podía seguirse el movimiento de la base desde un receptor situado en el refugio antiatómico excavado bajo una colina.

Al parecer y como la radiactividad «inducida» del robot no permitiría largas exposiciones a los ingenieros, éstos se proponían emplear mecánicos de la base en breves turnos para que les ayudaran. A través de la pantalla y por medio de teléfonos y auriculares los técnicos presenciarían de lejos la operación y darían instrucciones a sus ayudantes.

Wilbur Devoe recordó que entre sus obligaciones más penosas contaba la de notificar a la familia del teniente Hutchis la muerte de éste, acaecida «en acto de servicio».

Mientras fumaba un cigarrillo, meditando la forma menos ruda para notificar tan penosa noticia, Wilbur se sintió repentina y crecientemente mareado.

Luego fue víctima de un aparatoso vómito.

Atribuyendo al cigarrillo el mareo y el vómito, Wilbur se negó a dar importancia al incidente, insistiendo en dar fin a la tarea que se había impuesto

Cuando finalmente terminó la carta se encaminó hacia la enfermería de la Base. Miss Maher se encontraba allí discutiendo con el doctor Edgerton algo muy complicado, relacionado con los «genes» y las «mutaciones».

Wilbur se quedó escuchando un rato sin entender una palabra, hasta que finalmente Edgerton reparó en él y le preguntó:

-¿Qué le ocurre, coronel? Tiene usted muy mal aspecto.

Wilbur les explicó lo ocurrido y concluyó:

-Fue aquel maldito cigarrillo.

-Sí, seguramente le sentó mal el cigarrillo -murmuró Edgerton abriéndole un ojo con los dedos para examinarle la córnea.

-¿Qué le dijo el análisis de mi sangre?

-Nada. Todavía es pronto para que la radiactividad haya operado cambios notables en ella. No se preocupe.

-No me preocupo. La señorita Maher me dio su palabra de que no moriría por causa de la radiactividad.

-Entonces debe confiar en ella. Es una especialista en radiología. Venga acá, coronel. Le sacaremos otra muestra de sangre. Hay en la Base por lo menos un par de muchachos cuya sangre pertenece al mismo grupo que la de usted. Le haremos una trasfusión por aquello de que más vale estar prevenidos.

Wilbur permaneció la mayor parte de la tarde en la clínica charlando con el doctor y la señorita Maher. Cuando Wilbur se ponía la guerrera Edgerton le dijo:

-¿Por qué no aprovecha usted esta ocasión y se marcha a Washington para disfrutar algunas semanas de vacaciones, coronel? Allí estaría mejor atendido por doctores especializados.

-¿Marcharme ahora? -protestó Wilbur-. Ni que lo sueñe, doctor. Quiero llegar al final de este asunto de los platillos volantes y el hombre robot. Me tomaré muy gustoso esas vacaciones cuando todo quede aclarado.

-Bien -dijo Edgerton-. No creo que a nuestros técnicos les lleve más de una semana averiguar lo que ese muñeco tiene dentro. Podemos esperar.

Poco después Wilbur abandonaba la clínica acompañando a la doctora Maher.

-¿Reside usted habitualmente en Washington, señorita Maher? -preguntó Wilbur mientras andaban lentamente el uno al lado del otro.

-Por lo general estoy poco tiempo en Washington. Suelo viajar con frecuencia yendo de una Universidad a otra, asistiendo a consejos médicos y dando conferencias... Pero Washington es mi residencia oficial y siempre acabo por volver allí.

-Así pues, ¿existe alguna posibilidad de que nos veamos en Washington y acepte una invitación mía a cenar juntos?

Ella se detuvo para mirarle a través de sus lentes con expresión de profundo asombro.

-¿Qué usted desea... cenar conmigo? -preguntó.

-Cualquiera diría que acabo de decir una barbaridad -refunfuñó Wilbur-. ¿Qué hay de malo en que un hombre la invite a comer... e incluso a ir juntos a un concierto o al cine?

Súbitamente ella se echó a reír.

-¡Oh, coronel! Usted no sabe a lo que se expone. Supongamos que yo aceptara. ¡Se moriría de aburrimiento conmigo!

-¿De veras? -preguntó el piloto midiéndola de arriba a abajo con una aguda y maliciosa mirada.

Ella enrojeció vivamente, adoptó una actitud formal y dijo:

-Sí, de veras. No me invite usted, coronel Devoe. Soy mujer, al fin y al cabo, y vulnerable a la tentación. Aceptaría salir con usted... y usted se arrepentiría de haberme invitado toda su vida.

-¡Dios mío! -exclamó Wilbur poniendo cara de horror-. ¿Sabe que me pone la carne de gallina? ¿Qué hace usted con los muchachos que la invitan a salir, miss Maher? ¿Los lleva engañados a su laboratorio secreto y allí se entrega a manipulaciones diabólicas convirtiéndoles en gorilas?

-No se burle, coronel. -La voz de la doctora era grave-. Los muchachos nunca me invitan a salir.

-¡Cómo! ¿Quiere hacerme creer que jamás la invitó un hombre?

-Sí, alguna vez... a almorzar. Siempre médicos... colegas con los que había de tratar algún asunto que no hubo tiempo de discutir en la Facultad o en la sala de conferencias...

-Ya -murmuró Wilbur-. Colegas... sabios doctores de barbas blancas con los bolsillos llenos de genes y de mutaciones.

Mis Maher echó la cabeza atrás y rompió en una espontánea carcajada.

Wilbur la contempló admirado porque riendo así la joven doctora estaba muy lejos de la imagen que ayudaban a formar sus gafitas, su pelo recogido en apretado topo y su severo traje sastre.

Inspirado en un impulso irreflexivo, Wilbur Devoe alargó la mano y le arrancó las gafas de un tirón.

Mis Maher dejó de reír y le miró entre asustada y sorprendida.

-¿Qué hace usted? -balbuceó.

-Me lo figuraba -dijo Wilbur devolviéndole los lentes-. Es usted tremendamente bonita sin esas odiosas gafas. ¿Por qué las lleva?

-Seguramente, porque soy corta de vista -repuso la muchacha fríamente.

Y tomando las gafas se las puso con cierto aire de dignidad ofendida. Luego echó a andar con rapidez teniendo Wilbur que dar una corta carrera para alcanzarla.

-¿Se ha enfadado conmigo? -preguntó mientras andaba a su lado.

-No me agradan cierta clase de familiaridades, eso es todo.

-Lamento lo ocurrido, miss Maher. Es todo cuanto puedo decir. Eso y que detrás de las gafas, en contra de lo que yo creía, no se oculta una muchacha de corazón joven y alegre. Puede que no tenga usted más de veinticinco años, pero los hartazgos de Ciencia que se ha dado le han momificado el alma y congelado todo atisbo de humanidad. Buenas tardes,

señorita Maher.

Wilbur Devoe se tocó la visera de la gorra con los dedos y oblicuó alejándose rápidamente de ella.

La expresión del rostro del teniente coronel distaba mucho de ser la de un hombre enfadado. Todo lo contrario. Oyó cómo el rápido taconear de la doctora Maher sobre el cemento de la pista decaía en ritmo y energía, y se sonrió.

Aunque no la veía supuso a la doctora confusa y mordiéndose los labios con despecho.

En efecto, miss Maher se mordisqueó los labios se detuvo para mirar a las anchas espaldas del aviador y hasta abrió la boca para llamarle. Mas arrepentida de lo que debió considerar una vergonzosa debilidad, se contuvo y reanudó la marcha.

Pero entonces ya no andaba con la cabeza erguida, sino lentamente, mirando al suelo y con la mirada triste.

Cuando volvieron a verse a la hora de comer la actitud del teniente coronel era la de la más absoluta y total indiferencia hacia la joven doctora Maher. Aparentemente ni siquiera reparó en que ella no llevaba gafas en aquel momento.

Los huéspedes marcharon instintivamente a ocupar las mismas sillas que ocuparon durante el almuerzo. Así pues, miss Maher y el teniente coronel Devoe volvieron a quedar el uno junto al otro.

-Hola -dijo la doctora enrojeciendo ligeramente.

-Hola -contestó Wilbur sin mirarla. Y preguntó al profesor Karvel-. ¿Cuándo empiezan por fin a desarmar ese muñeco?

-Terminaremos el montaje del equipo después de comer. Mañana a primera hora nos meteremos con el muñeco.

-Por la poca prisa que se dan, cualquiera diría que no sienten mucha curiosidad por ver la que tiene dentro.

-Se equivoca usted -contestó Karvel-. Nuestra curiosidad es tanta como la de cualquier profano en la materia, y mucho más por nuestra condición de especialistas en esa técnica. No ocurre más sino que es preciso rodeamos de medidas preventivas antes de empezar nuestro trabajo. El muñeco todavía emana fuerte radiactividad.

El general Kennedy entró en este momento con algo de retraso. Su rostro traslucía satisfacción.

-Enhorabuena, Wilbur -dijo pasando tras la silla del piloto-. Su idea dio resultado. Uno de nuestros aviones acaba de encontrar al segundo piloto del platillo volante sirviéndose del radar.

-¿Es otro muñeco robot? -preguntó el comandante Brush con aire incrédulo.

-Como usted sabrá es difícil la identificación de un objeto de ese

tamaño desde un caza a reacción. El piloto ha volado sobre «algo» que parece tener figura humana. Cree que se trata de un robot mellizo del que tenemos aquí.

-¿A qué distancia se encuentra ese objeto del punto donde se encontró el segundo paracaídas?

-Lejos. A unos cien kilómetros.

-¿Es posible que un muñeco mecánico haya andado ese trecho sobre un terreno escabroso y difícil, profesor Karvel? -preguntó el marino.

-Si ese muñeco es capaz de andar sobre sus piernas un centenar de metros sin caerse, lo mismo puede andar cien kilómetros.

-¿Con qué medios? ¿Va movido por un motor de gasolina, por acumuladores o por una pila atómica?

-No lo sabemos, y crea usted que a medida que pasan las horas siento más excitada mi curiosidad. Sin que exista ninguna razón para desecharlo, yo diría que esos robots no van movidos por un motor de gasolina ni un motor atómico. Una batería de acumuladores parece lo más indicado en este caso.

-Profesor Karvel -dijo Woondrow-. ¿Qué le parece si en vez de dejarlo para mañana empezamos el examen del muñeco esta misma noche?

-Por mí no hay inconveniente. Creo que de todas formas no podría pegar un ojo pensando en ese robot.

Con esta idea, los dos técnicos en cibernética comieron apresuradamente contagiando con su prisa a los demás.

Wilbur Devoe no se había vuelto ni una sola vez a mirar a la doctora Maher. Le pasaba la sal, la mostaza o la salsa con total indiferencia, una indiferencia natural mil veces más ofensiva que cualquier hostilidad manifiesta.

De pronto Wilbur sintió sobre su mano el peso de otra mano pequeña y tibia que se la oprimía amistosamente.

Wilbur se volvió a mirar a la joven. Esta, con pupilas húmedas y las pálidas mejillas teñidas de rubor murmuró:

-Por favor, señor Devoe. ¿Quiere invitarme a cenar esta noche?

La faz de Wilbur Devoe se transfiguró al momento iluminándose con una sonrisa de alegría.

-¿De veras lo desea?

Ella asintió con la cabeza.

-A menos que tenga algo que hacer.

-No tengo nada que hacer. Ya sabe usted que el doctor Edgerton me ha rebajado de servicio -repuso el piloto con rapidez-. La estaré esperando dentro de una hora a la salida de los jardines.

CAPÍTULO V

Semejante a una polícroma colgadura, la aurora polar resplandecía en el cielo de la breve noche ártica.

Reclinada en el mullido respaldo del asiento del automóvil, Alma Maher tenía sus grandes ojos pardos clavados en el tornasolado juego, especie de sinfonía de luces y colores, de la maravillosa aurora que restallaba sobre sus cabezas.

Wilbur Devoe contemplaba también en silencio aquella fantasía ostentosa de la meteorología, solo que la veía reflejada en las bellas pupilas de la mujer.

-¿Maravilloso, no es cierto? -preguntó Wilbur.

Ella asintió suspirando y dijo:

-Los antiguos vikingos creían que las auroras boreales eran las valquirias cabalgando a través del cielo.

-¿Y usted, qué cree que son?

-Las auroras polares son un fenómeno electrónico provocado por la actividad solar. Las gigantescas erupciones que se producen en el sol, y que nosotros percibimos bajo forma de «manchas», proyectan en el espacio sideral nubes de partículas electrizadas. Una porción de éstas, después de haber franqueado los ciento cincuenta millones de kilómetros que nos separan del sol, bombardea la atmósfera terrestre, millones de electrones proyectiles entran en colisión con los átomos de los gases rarificados de la alta atmósfera. Por efectos del choque, los átomos resultan ionizados y los gases se hacen luminiscentes.

-Como en un tubo de neón.

-Sí.

Wilbur volvió los ojos al cielo y murmuró:

-A mí me gusta más la versión de los antiguos vikingos.

-Y a mí también -repuso la doctora echándose a reír.

El la contempló de nuevo, como si fuera esta la primera vez que la veía. Aunque habían transcurrido algunas horas todavía perduraba en él la emoción de la sorpresa que ella le tenía preparada.

Cuando se encontraron ella vestía un lindo trajecito azul, calzaba zapatos de tacones altos y se tocaba con un coquetón sombrerito. Y no solo no llevaba gafas, sino que se había soltado el cabello y pintado los labios. Wilbur jamás pudo sospechar que fuera tan bonita.

Ahora se contemplaron mutuamente bajo el rosado resplandor de la aurora boreal. También él estaba muy elegante con su mejor uniforme.

-¿Lo pasó bien? -preguntó él.

-Ha sido una noche maravillosa.

-¿Mejor que cuando salía con sabios doctores de barbas blancas?

-No crea, también he pasado muchos ratos agradables discutiendo y aprendiendo con esos sabios doctores.

-Sí, eso es lo malo en usted. Se ha tomado la Ciencia muy a pecho, olvidándose incluso de su juventud y su belleza. Si continúa así, la aridez de los temas que absorben su vida acabará por marchitar su alma convirtiéndola en una solterona antipática, fea y ridícula.

-¿Me aconseja que abandone mi carrera?

-Sí. Le aconsejo que la abandone y se case conmigo.

Miss Maher le miró entre admirada y sorprendida.

-Es usted un niño terrible, coronel. Nunca puede saber una cuándo habla en broma o en serio.

-Llámeme Wilbur, y así podré llamarla Alma.

-No sé si debo hacerlo. Sólo hace unas horas que nos conocemos.

-¿Y eso qué importa? Hay personas con las que uno convive durante años y jamás llega a intimidar con ellas. Otras, en cambio... Dígame, Alma. ¿Cree usted en el flechazo... el amor a primera vista?

-No -repuso ella gravemente.

-Es lástima, porque yo sí creo en él -murmuró Wilbur con voz apagada y tras una breve pausa añadió-. Estoy hablando completamente en serio. Alma.

-¿Quiere decir que se ha enamorado de mí en un solo día? -preguntó la doctora entre incrédula y divertida

-Sí.

-¿A cuántas muchachas ha dicho lo mismo? Creo que es usted un terrible Don Juan, Wilbur.

-Me llama Wilbur y al mismo tiempo derriba por el suelo todas mis ilusiones -se quejó el aviador-. Soy muy serio para estas cosas, Alma. He besado algunas chicas, si es eso lo que quiere saber. Pero jamás hice proposición de matrimonio a ninguna de ellas. Me gustan las chicas alegres para salir con ellas y pasar algún fin de semana, pero sólo me casaré con una señorita seria y sensata. Tengo más de treinta años. A mi edad, un hombre mira con respeto el matrimonio.

-Temo que le he ofendido -murmuró la doctora.

-No, no es eso. Al fin y al cabo usted solo me conoce desde esta mañana. Solo le ruego que considere formalmente mi pro... mi propó...

Wilbur se llevó las manos a los ojos. Su cabeza osciló como si fuera a precipitarse sobre el hombro de miss Maher.

-¿Qué le ocurre, coronel? -preguntó la doctora sujetándole por los anchos hombros.

-Creo... creo que...

Wilbur le volvió bruscamente la espalda y sacó la cabeza por la ventanilla para vomitar.

-¡Diablo con aquel cigarrillo! -exclamó Wilbur después de escupir y hacer muecas-. Me ha hecho polvo el estómago. Tuvo usted razón al aconsejarme que no comiera aquellas ostras... ¡Dios mío, que mareado estoy!

-Yo cogeré el volante -dijo la doctora apeándose para dar la vuelta por delante del automóvil-. Córrase y apoye la cabeza en el respaldo. ¿Se siente mejor ahora?

-Sí. ¡Vaya fin de fiesta que le he dado, miss Maher!

-No se preocupe por mí -dijo la joven poniendo el automóvil en marcha-. Sólo lo lamento por usted. Recuerde que soy médico y no me estremezco por tan poca cosa.

Wilbur no contestó porque se sentía real y terriblemente mareado. Todavía, durante el rápido viaje hasta la base aérea, sacó la cabeza por la ventana para vomitar de nuevo.

-¡Bueno le he puesto el coche al coronel Gardner! -exclamó cuando se detenían ante la puerta iluminada de la enfermería.

Un centinela acudió y ayudó a la doctora a meter a Wilbur en la enfermería. El practicante de guardia se levantó todo alarmado.

-¿Quieren que llame al doctor Edgerton? -preguntó.

-No le moleste. Usted y yo nos bastamos para cualquier cosa que haya de hacerse. Voy a ponerme una bata. Ayude al coronel a desnudarse.

Cuando miss Maher volvió vestía una bata blanca, se cubría la cabeza con un gorro y llevaba gafas. Tan lejana estaba de aquella muchacha esbelta cuya tersa mejilla acarició la suya mientras bailaban que al teniente coronel Devoe le pareció otra mujer completamente distinta.

-Prepárese -dijo la doctora-. Le voy a hacer un reconocimiento completo porque ha estado usted expuesto a los rayos «gamma» de ese muñeco robot, y una infección intestinal podría agravar las cosas. Algunas de las complicaciones más serias de la enfermedad radiológica se deben a los destrozos en la medula de los huesos, en donde se originan la mayoría de los constituyentes normales de la sangre. Estas lesiones afectan a la producción, tanto de glóbulos rojos como de glóbulos blancos, originando una disminución de su número en la sangre circulante. Ahora bien; como los glóbulos blancos desempeñan un papel vital en la defensa del organismo contra las bacterias, su falta o disminución permite a éstas multiplicarse indefinidamente, y entonces pueden aparecer graves infecciones. En realidad la causa de la muerte en la enfermedad radiológica suele ser una combinación de infección, hemorragia y anemia. ¿Ha comprendido ahora porqué hemos de combatir cualquier infección que se presente en el momento de descubrirla?

Después de aquella explicación Wilbur Devoe se sometió sin protestar a las diversas manipulaciones de la joven doctora. Ésta le inyectó un

antibiótico y al terminar le dijo:

-Ahora métase usted en la cama y duerma sin preocupaciones.

-¿Así, no tengo nada?

-Tiene una pequeña infección que se ha de cuidar. Convendría que se quedara en la enfermería

Wilbur así lo hizo.

Una hora más tarde, mientras Wilbur dormía con la pesadez del cansancio, el doctor Edgerton entró en el laboratorio donde miss Maher examinaba atentamente algo con el microscopio.

-¿Qué hace usted aquí a estas horas? -preguntó el doctor sorprendido-. La hacía en algún club nocturno de Fairbanks bailando con el teniente coronel Devoe.

-Ya estuvimos bailando, pero nos retiramos temprano. Durante el regreso el coronel Devoe sufrió otro mareo acompañado de vómito.

El rostro del doctor Edgerton mostró preocupación

-¿Dónde está ahora?

-Duerme en la enfermería. Le traje aquí y le hice un nuevo examen. También le saqué otra muestra de sangre. ¿Quiere echar un vistazo al microscopio?

Edgerton se inclinó sobre el aparato.

-Leucocitos muertos -murmuró-. En grandes cantidades.

Levantó los ojos y los clavó preocupados en la pálida faz de la doctora.

-Es evidente que el señor Devoe se encuentra en un grado muy avanzado de la enfermedad radiológica -dijo miss Maher.

-No lo comprendo. La radiactividad que recibió del robot no puede...

-El coronel tuvo que recibir una fuerte dosis de radiactividad en alguna otra parte. ¿Leyó usted el informe que redactó el coronel relativo a su combate con el platillo volante?

-No, no lo he leído. Aunque conozco poco más o menos lo que ocurrió.

-El platillo volante lanzó un proyectil que alcanzó al avión compañero del señor Devoe y estuvo a punto de aniquilar también el caza del coronel. Éste describe la explosión de aquel cohete como una deflagración de extraordinaria potencia, la cual irradió una luz potentísima y una fugaz ola de calor. Sí coronel dice que «casi parecía una explosión atómica». El pobre no sabe que en realidad FUE UNA BOMBA ATÓMICA lo que estalló a escasos metros de distancia de su aeroplano.

-¡Cielos! ¿Le cree usted así?

-Estoy segura que si pudiéramos examinar los restos de su aeroplano encontraríamos la pintura levantada en ampollas por el calor de aquella explosión. El coronel llevaba en aquel momento una escafandra con frente de cristal, y vestía un traje de caucho. El casco y su traje de vuelo, y también el metal del avión, libraron al coronel de las quemaduras. Pero su

avión, su traje y su cuerpo fueron atravesados por un fortísimo haz de rayos «gamma» y gran cantidad de neutrones.

-¿Quiere decir que...?

-Es hombre perdido. Morirá antes de dos semanas -dijo miss Maher con un hilo de voz. Y se dejó caer en el taburete temblando como una hoja.

Edgerton se quedó mirando fijamente al microscopio y preguntó:

-¿Se lo ha dicho?

La muchacha negó con la cabeza.

-¡Pobre muchacho! Es una excelente persona. ¿Cómo vamos a decírselo?

-Debemos ocultárselo el mayor tiempo posible -dijo miss Maher retorciéndose las manos. Y súbitamente, cubriéndose el rostro con las manos y apoyando los codos en las rodillas exclamó-: ¡Es horrible! Pensar que un hombre así... joven, fuerte y valiente... ha de morir sin remisión. ¡Y saberlo, y no poder hacer nada para evitarlo! ¡Oh, Dios mío! Y nos creemos sabios, Edgerton ¡Somos unos miserables! ¡No sabemos nada... absolutamente nada de nada!

-No diga eso, señorita Maher. Poca cosa somos, pero algo hemos hecho para librar a la humanidad de muchas de sus dolencias. Algún día también dispondremos de medios para curar esa terrible enfermedad radiológica.

-¿Y de qué puede servirle eso a Wilbur Devoe? ¡Él ya habrá muerto!

El doctor no dijo nada. Pero de la mirada que dejó caer sobre la muchacha se dedujo que comprendía los sentimientos de su colega, reducida en aquel instante a la simple condición de mujer.

Siguió un largo silencio y en esta pausa el doctor Edgerton recordó el objeto que le había traído a la clínica.

Poniéndose en acción entró en el vestuario y empezó a ponerse una de sus batas.

Al salir miss Maher le estaba mirando

-¿Qué se dispone hacer? ¿Cómo está levantado a estas horas?

-No me acosté -repuso Edgerton-. Cuando iba a hacerlo pasé por el taller para ver cómo andaban los trabajos en el robot... y me quedé allí. Ahora van a traer la cabeza del muñeco a la clínica y yo me he adelantado para preparar la mesa de operaciones.

Los ojos de la doctora se dilataron de asombro. Edgerton se echó a reír nerviosamente y dijo:

-Es verdad, no lo sabe usted. El coronel Devoe estaba en lo cierto cuando dijo que el robot le había mirado con un ojo «casi humano». ¡Algo o alguien vive dentro del cráneo del muñeco, miss Maher!

Miss Maher entreabrió los labios como para decir algo. Pero en este momento se escuchó rumor de pasos y de voces en la sala contigua.

-Ya están ahí -dijo Edgerton. Y se lanzó precipitadamente fuera del

laboratorio.

La doctora le siguió. Un grupo de hombres acababa de irrumpir en la clínica. Entre ellos se encontraban el general Kennedy, el profesor Karvel, Woondrow, el comandante Brush y el profesor Kendrick.

Woondrow estaba depositando sobre el banco de operaciones un objeto envuelto en gruesas lonas que al ser desliadas descubrieron la cabeza del robot.

Dos mecánicos de las Fuerzas Aéreas llegaron también con las manos llenas de herramientas. En pos de estos entró el profesor Bennett, quien por los párpados hinchados y las arrugas de la almohada marcadas en sus mejillas parecía acababa de abandonar la cama.

Bennett y la doctora Maher se acercaron a la mesa para contemplar el objeto allí depositado.

La cortinilla metálica del frente de la bola de metal estaba levantada y en el pequeño recuadro descubierto, protegida al parecer por un fino cristal, lucía un extraño ojo amarillo del tamaño de un reloj de bolsillo con una gran pupila en el centro.

Al inclinarse sobre ella, la pupila se movió ligeramente para clavarse en el rostro de la muchacha.

-¡Dios mío! -exclamó miss Maher echándose atrás con un estremecimiento-. ¡Me ha mirado!

-¿Qué dice usted a esto Bennett? -preguntó el profesor Kendrick.

-¿Quiere que le diga la verdad, Kendrick? -murmuró Bennett estremeciéndose como lo había hecho la doctora-. ¡Tengo miedo! No puedo apartar la sensación de que estamos frente a algo desconocido y terrible.

-Algo parecido me pasa a mí -dijo Kendrick en mitad de un silencio opresivo. Y mirando a su alrededor añadió-: Y creo que todos nos sentimos un poco impresionados. ¿Sabe usted, Bennett? Creíamos que el robot estaba hecho de aluminio por la ligereza de su peso. Pero no es aluminio, ni titanio ni ningún otro metal por nosotros conocido. ¡Nuestras sierras de cortar acero se han hecho pedazos al atacar ese metal!

-Sin embargo -dijo Woondrow- el muñeco ha sido montado según nuestra técnica, con tuercas y tornillos. ¿Quieren que abramos ese cráneo de una vez?

-Sí, empecemos -dijo Karvel-. Cuanto más rato estemos contemplando esa bola, tanta más radioactividad recibiremos.

-¿Es posible que exista algún peligro? -preguntó el general Kennedy mientras los mecánicos se armaban de destornilladores.

Y Karvel contestó:

-¿A qué clase de peligro se refiere? Si el robot fuese capaz de reaccionar contra nosotros ya lo hubiera hecho antes, cuando estaba entero.

-Me preguntó por qué no lo hizo -murmuró Bennett.

A lo que Karvel repuso:

-Seguramente porque no pudo. El muñeco, como suponíamos, está accionado por un acumulador eléctrico. El acumulador estaba cargado, pero había una desconexión en uno de los cables de acometida.

-¿Qué cree usted que ocurriría si reparara esa conexión?

-Posiblemente el robot se pondría a funcionar de nuevo. Por lo que pudiera pasar me abstuve de conectar el cable.

-¿Funciona por control remoto, como se supuso el general Kennedy? -preguntó el profesor Bennett.

-No lo sabemos. El mecanismo del robot es de una complejidad tan tremenda que apenas si hemos tenido tiempo de abrirle y retroceder asustados ante aquel intrincado laberinto de cables, motores, bobinas y conexiones. Lógicamente, el robot debe ser mandado por radio desde gran distancia. Si no fuera así tendríamos que admitir algo tan fantástico e increíble que pertenece al mundo de lo extraterrestre.

-¿A qué se refiere? -preguntó Bennett, visiblemente impresionado.

-El profesor Kendrick sugiere la idea de que este muñeco mecánico pudiera ir controlado por un cerebro humano.

-¡Un cerebro humano! -exclamó Bennett roncamente, con los cabellos erizados de horror-. Es demasiado fantástico... increíble. ¡Imposible!

-Mi querido profesor -dijo Kendrick con una sonrisa pálida-. Temo que estemos metidos de lleno en el terreno de lo fantástico sin saberlo. Prepárese a recibir muchas sorpresas porque, o yo me equivoco o ni el platillo volante, ni el robot ni esa pupila que nos está mirando pertenecen a nuestro mundo. ¡Son extraterrestres!

Se produjo un largo, opresivo silencio.

Woondrow dijo:

-Creo que ya sé por donde se abre esto.

Y señaló al profesor Karvel una imperceptible ranura que delimitaba un casquete en la parte posterior de la esfera metálica.

-Veamos si sale desenroscando. Aquí hay unas muescas que parecen hechas a propósito para meter una herramienta.

El grupo se abocó anhelante sobre la mesa de operaciones. No se escuchaba más ruido que el agitado de la respiración de los mecánicos y el choque de los destornilladores en el metal.

Hubo un pequeño forcejeo, y el casquete metálico empezó a girar haciéndose más ancha la ranura.

-¡Se mueve, esto marcha! -exclamó Woondrow roncamente.

Y cogiendo el casquete con los dedos enguantados le hizo dar fácilmente dos vueltas completas.

Apareció una rosca. El ingeniero hizo dar otra vuelta completa al casquete y lo sujetó con la mano mientras gritaba con voz estridente:

-¡Eh, esto está suelto!

Se registró una pequeña conmoción entre el grupo que rodeaba la mesa.

-¿Qué hago? -preguntó Woondrow sumamente pálido. Y la mano con que sujetaba el casquete metálico le temblaba.

-¡Diablo! -exclamó el general Kennedy-. ¿Qué tiene que hacer, sino dejarnos ver lo que hay dentro?

Woondrow tragó saliva penosamente. Y en mitad de un silencio dramático, con lento movimiento, separó el capacete de la esfera de metal.

Diez cabezas estiraron su cuello por encima de la mesa para mirar dentro de la esfera. Las respiraciones quedaron en suspenso y los ojos extáticos en la contemplación de aquel extraño cuerpo.

No era más grande que el puño de un hombre y su aspecto era repugnante a la vez que indescriptible.

Tratábase al parecer de un cuerpo central redondo, rodeado de una sustancia gelatinosa de la cual irradiaban múltiples, delgadas y pequeñas patas.

-¡Cielo santo! -murmuró el comandante Brush-. ¿Qué es esto?

Hubo otro largo silencio.

-Mire -observó uno de los mecánicos de la Base que ayudaban a los técnicos en cibernética-. Cada patita la tiene metida en un aparatito del que salen hilos eléctricos.

-¿Quieren que probemos a sacarlos? -preguntó el doctor Edgerton.

Karvel, Kendrick y Bennett levantaron la cabeza y se consultaron con los ojos.

-Sí, pruebe a hacerlo -dijo Kendrick.

Y Karvel agregó.

-Pero con mucho cuidado. Vea primero si esas patas están fijas a los aparatos o solamente metidas en tubitos.

Edgerton se puso unos guantes de goma y una mascarilla, tomó unas pinzas largas y se inclinó sobre la esfera abierta.

Cuando las puntas de las pinzas tocaron al extraño animal este se agitó y sacó por sí mismo algunas de las patas de los aparatitos donde las tenía metidas.

Edgerton esperaba seguramente que el bicho se moviera, pero no pudo evitar un brusco movimiento de sobresalto.

-¡Se mueve... está vivo! -exclamó uno de los mecánicos.

Edgerton pidió unas pinzas mayores. La doctora Maher se las entregó.

Unos instarles después Edgerton sacaba con todo cuidado al pequeño monstruo del cráneo del robot y lo depositaba, dándole la vuelta, en una bandeja de porcelana traída por la doctora Maher.

-¡Parece un huevo frito! -exclamó el comandante Brush.

Aunque nada académica, la comparación del marino era gráficamente

exacta. Prescindiendo de las múltiples patitas que como hilillos rodeaban al bicho, este parecía un hermoso huevo frito con su gran núcleo amarino y su cinturón gelatinoso, rojo y asimétrico.

Sólo que aquel «huevo» tenía algo siniestro, repulsivo y la vez espeluznante.

Era un huevo VIVO.

Al dejarlo sobre la bandeja el monstruo se agitó, movió las piernas y ensanchó y estrechó aquella negra y escalofriante pupila que tenía en el núcleo.

-Usted que ha estudiado todas las formas de la vida en nuestro planeta, profesor Kendrick -dijo el general Kennedy-. ¿Puede decirnos a qué rara especie pertenece este animal?

Kendrick, que estaba contemplando al pequeño como fascinado, levantó la cabeza y la movió, negando.

-No -dijo-. No puede identificar este animal con ninguno de los que existen en la Tierra. Esta criatura no es terrestre.

CAPÍTULO VI

Al abandonar el lecho Wilbur Devoe sintió una gran flojedad en las piernas. La cabeza empezó a darle vueltas y casi antes que se diera cuenta se encontró vomitando.

En este estado le encontró el doctor Edgerton al entrar en la enfermería.

-¿Por qué se ha levantado? -le preguntó el doctor-. Vuelva a la cama. Vamos a hacerle otra transfusión de sangre.

Mientras se hacían los preparativos, y luego durante la trasfusión, el doctor confió a Wilbur los descubrimientos de la noche anterior.

-Aunque apenas hemos hecho más que levantar una punta del velo, tenemos motivos para creer que ese pequeño animalito controlaba los movimientos del robot -dijo Edgerton.

-O sea, que actuaba a modo de un cerebro mandando sobre el muñeco como en una marioneta. ¿No es eso?

-Pues sí, poco más o menos así debió ser.

-Es fantástico ¿verdad? -murmuró Wilbur mientras la sangre nueva, saliendo de un frasco que llevaba el rótulo del Banco de Sangre de San Francisco de California entraba lentamente en sus venas.

-Mucho más fantástico de lo que parece a primera vista -repuso Edgerton-. Considere que para tener reflejos humanos el cerebro que manda sobre los movimientos del robot ha de ser también un cerebro humano. No basta meter un animalito cualquiera en la cabeza de un muñeco mecánico y ordenarle que lo controle. Para poder hacerlo el animal necesita conocer la máquina que tripula, y luego... ¡su máquina tiene que tripular a su vez otra máquina quizá más complicada! Recuerde que, con toda evidencia, esos robots eran los pilotos del platillo volante que usted derribó.

Wilbur Devoe dejó escapar un silbido de admiración y dijo:

-Esos animalitos tendrían que haber recibido una instrucción superior a la de nuestros pilotos de bombarderos a reacción, ¿eh, doctor? Los tipos que los hayan amaestrado deben ser muy listos o dejar en pañales la paciencia de Job.

-¿Cree usted que se trata de animalitos amaestrados? -preguntó Edgerton.

-Naturalmente, a menos que... -Wilbur se interrumpió al ocurrírsele una nueva idea-. ¡Edgerton, usted no estará pensando!...

-Pienso lo mismo que usted, coronel. Eso que nosotros llamamos «animalitos» pueden ser los genios creadores de los platillos volantes y de los mismos muñecos robot que utilizan como cuerpo. En cuyo caso deberían haber sido «educados» en vez de «amaestrados». Porque el amaestramiento implica subordinación a un ser superior. Y esos «animalitos» ¡pueden ser en sí mismos los seres superiores de otro mundo,

como el Hombre lo es en su propio planeta!

-¡Eh, alto... alto, doctor! -exclamó Wilbur levantando una mano-. Temo que estemos llegando demasiado lejos encadenando suposición tras suposición. Lo que acaba de ocurrírsenos se sale de las reglas de lo natural. Es fantástico... completamente absurdo.

-¿Lo cree usted así? -rió Edgerton incorporándose para quitar el aparato de transfusión-. Vaya a charlar un rato con el profesor Kendrick y él le dirá lo que piensa sobre el caso.

-Entonces ¿Puedo levantarme?

-Sí, a condición de no permitirse excesos y permanecer sentado siempre que pueda. A propósito, coronel. ¿Tiene usted familia? ¿Padres, hermanos?...

-Tengo un hermano casado y con dos hijos preciosos. Actualmente reside en Teherán... está empleado en una compañía petrolífera norteamericana. ¿Por qué lo pregunta?

-Por nada. Pensé que quizá le gustara irse a pasar un mes de vacaciones con sus hermanos. Aunque, evidentemente, Persia queda un poco lejos de Alaska.

Wilbur se quedó mirando con suspicacia al doctor. Le parecía encontrar algo anormal en la conducta de Edgerton, e incluso en la de los mismos enfermos que se movían a su alrededor.

Todos se mostraban particularmente amables. ¡Claro que siempre le habían tratado con amabilidad! Era, en fin, algo sutil e indefinible que no acertaba a explicarse.

La entrada de miss Maher en la enfermería acaparó la atención del teniente coronel.

Vestía ella una falda estrecha y camisa blanca de corte masculino que le sentaba maravillosamente bien, llevaba tacones altos, lo que daba mayor esbeltez a sus piernas, iba maquillada y no traía gafas.

-¿Qué hace este hombre en la cama? -preguntó la doctora jovialmente.

-Estoy muy malito -contestó Wilbur en idéntico tono-. Tuve otro mareo y vomité.

-¡Bah, bah! Tenía a los pilotos a reacción por entes de acero, y a propósito de entes de acero. Acaba de llegar un avión con el segundo robot que encontraron ayer tarde. ¿No quiere verlo, coronel?

-Sí, si usted me acompaña.

-Le estaré esperando en la laboratorio.

Miss Maher abandonó sonriente la habitación bajo la pensativa mirada del doctor Edgerton.

Minutos más tarde Wilbur entraba en el laboratorio.

En el laboratorio, miss Maher y los profesores Kendrick y Bennett contemplaban silenciosos algo que estaba dentro de una bandeja de

porcelana, sobre el banco de ensayos.

-¿Es ese nuestro misterioso visitante interplanetario? -preguntó Wilbur mirando el «huevo frito» que ocupaba el fondo de la bandeja.

-Era -contestó el profesor Kendrick-. Acaba de morir.

-¡Caramba! ¿Y cómo lo sabe?

-Hace un par de horas que no se mueve. Además tampoco reacciona a la luz.

Wilbur Devoe miró a la doctora Maher con expresión interrogante. La joven explicó:

-Una de las pruebas a las que anoche sometimos al animalito fue aplicarle una lamparilla eléctrica muy potente a la pupila. Usted sabrá que la pupila humana se contrae o se ensancha según la gradación de luz a que esté expuesta. En la oscuridad el iris de nuestro ojo ensancha la pupila para que entre más cantidad de luz hasta el fondo del ojo donde está la retina. A plena luz del sol el iris se estrecha y la pupila se hace pequeña. Este maravilloso mecanismo de la vista, que el hombre ha copiado para los objetivos de sus cámaras fotográficas, actúa por sí solo, automáticamente. Si a usted le tienen un rato en una habitación con poca luz y de pronto le asestan una lamparilla eléctrica a los ojos, sus pupilas se contraerán sin que pueda evitarlo. Solamente cuando la pupila está muerta deja de reaccionar a la luz.

-¿Así que el bicho ha muerto? -murmuró Wilbur-. ¿Saben por qué?

-Sí -contestó el doctor Kendrick-. Ha muerto por enfermedad radiológica.

La puerta del laboratorio se abrió en estos momentos y el profesor Penrose entró.

Penrose había salido durante la madrugada en el avión que fue a rescatar al segundo robot del platillo volante, perdido en plena estepa. Penrose traía en la mano un contador «Geiger.» Su rostro traslucía gran fatiga.

-Hola, profesor -saludó Kendrick-. Nos han dicho que la cacería fue fructuosa. ¿Hubo alguna dificultad para apresar al robot?

-El robot no ofreció resistencia, si es eso lo que quiere decir. Lo malo fue que el avión no pudo hallar un buen sitio para aterrizar a menos de quince o dieciséis kilómetros de donde estaba el robot. Tuvimos que hacer a pie esa distancia, coger el muñeco y regresar a campo traviesa hasta el aeroplano. ¡Tengo las plantas de los pies en carne viva! -suspiró Penrose dejándose caer en una silla.

-¿También registró radiactividad ese robot? -preguntó Bennett.

-Exactamente como el primero. Hice que los soldados se relevaran cada media hora en la camilla.

-Y el robot... ¿No hizo ningún movimiento? ¿No levantó la cortinilla

para mirarles ni dio ninguna otra señal de vida?

-No, ninguna. Pensé que se había detenido tan lejos de donde cayó al agotarse su acumulador, y que probablemente era incapaz de mover un dedo. No obstante le hice amarrar bien por si «despertaba» en el momento menos esperado.

-Temo que sus preocupaciones hayan resultado inútiles -suspiró Kendrick-. La criatura alojada en la cabeza de ese muñeco debe haber muerto hace un par de horas... como ésta.

Y entonces Kendrick explicó al profesor Penrose el resultado de sus experimentos con el bicho que tenía sobre la mesa.

-¡Vaya! -murmuró el profesor Penrose-. Es una contrariedad. Sin embargo, no se ha demostrado que el habitante del segundo robot esté muerto también.

-¡Oh, lo estará! -exclamó Kendrick-. Tengo para mí que los cohetes disparados por el coronel Devoe abrieron alguna avería en el compartimiento de máquinas de aquel platillo. Sin llegar a producirse una explosión, los dos tripulantes del platillo recibieron una dosis mortal de rayos «gamma», así como de neutrones que hicieron radiactivos por inducción los materiales de los muñecos. Durante cuarenta y ocho horas las criaturas que habitaban en la cabeza de los muñecos han estado recibiendo la radiactividad de los elementos metálicos que les rodeaban. Ningún ser humano hubiera podido resistir una explosión tan larga a los rayos «gamma», y mucho menos estas criaturas de tan delicada constitución.

-Así -dijo Penrose-. ¿Cabe que el robot se detuviera a cien kilómetros de donde aterrizó, no porque se agotaran sus acumuladores, sino al sobrevenir la muerte del animal que lo tripulaba?

-Es muy probable -contestó Kendrick.

Y Wilbur apuntó:

-¿Por qué no van a sacar aquel bicho de la cabeza del robot y lo comprueban?

Kendrik miró a Penrose y éste se puso en pie suspirando:

-Bien. Vamos a verlo, si ustedes quieren.

El grupo abandonó el laboratorio, deteniéndose Kendrik en la clínica para tomar otra bandeja de porcelana y algún instrumental.

-Esta vez no será menester arrancarle toda la cabeza al robot -dijo Kendrick a modo de explicación.

Mientras andaban hacia los talleres donde habían depositado los robots, Wilbur Devoe fue rezagándose adrede con miss Maher para poder decirle a solas:

-¿Ha vuelto usted a pensar en la proposición que le hice anoche, miss Maher?

-Sí -confesó la muchacha mirando al suelo-. He pensado en ello.

-¿Y... cuál es su respuesta?

-Wilbur -murmuró la muchacha alzando sus bellas pupilas y clavándolas en las del piloto-: ¿Es realmente tan importante para usted que le contesta afirmativamente?

-Mucho -contestó Wilbur con calor-. Cuanto más lo pienso v más la veo a usted, más seguro estoy que mi felicidad presente y futura depende de que consiga hacerla mi esposa.

-Es un juicio un poco precipitado. ¿No teme equivocarse?

-No. Aunque comprendo que no le ocurra lo mismo a usted y espere a conocerme mejor antes de decidirse a darme el sí.

-No me costaría mucho decidirme a darle ese «sí»... si supiera que realmente le iba a hacer feliz.

-¡Alma! -exclamó Wilbur reteniéndola de un brazo-. ¿Cómo puede...? ¡Oh, cielos! ¡La amo, Alma! ¿Qué podría hacer yo para que usted me creyera?

Habíanse detenido y se miraban a los ojos, muy cerca el uno del otro. Y tan intenso e impaciente amor leyó la muchacha en los ojos del piloto, que bajó los suyos deslumbrados, en tanto sus pálidas mejillas se cubrían de rubor

Wilbur la estrechó por el talle y la acercó a sí.

-¡Wilbur... por favor!... Nos están mirando -murmuró la doctora.

En efecto. Pilotos, mecánicos y soldados circulaban constantemente por la pista y se volvían a mirar a la pareja con sonrisa maliciosa.

-¡Dígame que me ama!

-Le amo -murmuró la doctora.

El la soltó y se la quedó mirando con la expresión entre admirada *y* complacida de quien entra en inesperada posesión de algo sumamente valioso.

-¿Te casarás conmigo? -preguntó receloso, como si le costara creer en tanta suerte-. ¡Oh, Alma! Eres maravillosa.

Asidos de la mano echaron a andar lentamente. Ambos quedaron silenciosos, como paladeando las primicias de aquel amor repentino y correspondido.

-Nos casaremos en seguida -dijo él cuando llegaban a la puerta de los talleres-. Tomaré ese permiso que Edgerton me ha ofrecido y te acompañare a Washington... podríamos llegarnos hasta Persia en nuestro viaje de novios. Allí tengo un hermano casado. ¿Tienes tú padres o hermanos? ¡Dios mío, Alma! -El piloto se echó a reír-. ¡Ni sé si voy a tener suegros!

Ella no contestó porque habían llegado junto a los profesores Kendrick, Penrose y Bennett, los cuales acababan de encontrarse con Woondrow en la puerta del taller.

Kendrick explicó al ingeniero cuales eran sus intenciones. Mientras hablaban el profesor Karvel salió también del taller y se puso a escuchar.

-¿Así que quieren sacar el otro bicho de la cabeza del robot? -dijo Karvel-. Tendremos que consultarlo con el comandante Brush. Él es el responsable de los muñecos ante el Pentágono.

Brush, al parecer, había ido a conferenciar con Washington por teléfono. El profesor Bennett marchó en su busca en tanto los demás aguardaban ante el taller.

No tardó en volver Bennett acompañado del comandante Brush. Este ya había sido enterado del asunto por el camino.

-¿No existe una posibilidad de que el bicho muera precisamente por haber sido sacado de la cabeza del muñeco? -preguntó al profesor Kendrick.

-Ninguna. Las extremidades del animalito no estaban soldadas a los hilos eléctricos. Y puede usted tener la certeza que no chupaba ninguna substancia vital por aquellos hilos.

-Bueno, eso es mucho decir -refunfuñó Brush-. ¿No pueden comprobar si el animalito está vivo o muerto sin sacarlo de donde está?

Kendrick y Bennett se consultaron con la mirada. De común acuerdo decidieron que podían hacer la comprobación sin sacar el pequeño monstruo de su extraño alojamiento.

El grupo entró en el taller. Este constaba de una gran nave partida por un grueso muro de cemento en el cual se empotraban los bancos de trabajo y cierto número de máquinas.

Los robots estaban en el fondo del ala izquierda, separados del resto del taller por una pila de sacos de arena de dos metros de altura. Al otro lado del muro de cemento había sido instalado el aparato receptor de televisión, a través de cuya pantalla dos soldados armados con subametralladoras vigilaban al robot recién rescatado.

En aquel momento la cámara de toma de imágenes estaba emplazada sobre el muro de cemento, de forma que en la pantalla de televisión se veía gran parte del taller y los bancos sobre los que dormían los dos robots, uno de ellos decapitado.

-No es necesario que nos expongamos todos a la radiación de los muñecos -dijo Kendrick-. Bastará que entren conmigo dos mecánicos para desenroscar el casquete

-Yo mismo le acompañaré -dijo Brush, como si no fiara del bioquímico.

El profesor Karvel llamó a un sargento mecánico para que fuera con Kendrick y Brush.

Los tres hombres fueron a dar la vuelta para entrar en el recinto donde estaban los muñecos. Los demás se situaron ante el receptor de televisión.

Kendrick, Brush y el sargento mecánico tardaron algunos minutos en

entrar en el campo visual del aparato de televisión. Con las caras cubiertas por caretas de tela y las manos enguantadas, los tres hombres se acercaron al robot que yacía sobre la mesa con los brazos y las delgadas piernas amarradas con fuertes cuerdas.

Para alcanzar la parte posterior del cráneo del robot el sargento hizo dar la vuelta al muñeco, el cual era muy ligero. En seguida requirió el martillo y el escoplo para aflojar el casquete.

El micrófono del amplificador colgaba todavía sobre el banco donde la noche anterior se decapitó al primer robot, de manera que las voces de Kendrick y sus dos compañeros llegaban perfectamente hasta los espectadores del otro lado del muro a través del, altavoz del receptor.

-¿Por qué no probamos primero a levantar esta cortinilla para que el animalito nos muestre su ojo? preguntaba Kendrick.

Y Brush contestó:

-Ya lo intentamos anoche ¿y qué? Rompimos media docena de destornilladores y palanquetas sin conseguirlo. Este condenado material, con ser tan ligero como el cartón, es más tenaz que el mejor de nuestros aceros.

-Pero es que anoche el bicho vivía aun dentro del robot -apuntó Kendrick-. Quizás en éste, al morir, hayan quedado sueltos los resortes que... ¡Eh, que esto se mueve!

El grito del profesor Kendrick atrajo hacía el receptor de televisión la distraída atención de los que estaban al otro lado del muro.

Entonces vieron al sargento mecánico, al comandante Brush y al profesor Kendrick que retrocedían de un salto mientras el robot, presa de súbita furia, movía pies, cabeza y brazo como si quisiera romper sus ligaduras.

El robot giró sobro sí mismo y cayó con gran ruido desde lo alto de la mesa al suelo.

-¡Aquí, pronto! -gritó el comandante Brush-. ¡Traigan más cuerdas, cadenas!...

Con hercúleo tirón el muñeco mecánico hizo saltar las cuerdas que le oprimían los brazos contra su cuerpo cilíndrico.

-¡Salgan de ahí! -gritó el profesor Penrose estirando el cuello hacia el micrófono-. ¡Retírense... puede ser peligroso!

Kendrick y el sargento mecánico habían salido ya del campo visual de la pantalla. Pero Brush se había quedado allí, lanzando gritos y dando saltos alrededor del robot sin atreverse a cogerlo.

En el suelo, el robot dobló sus metálicas rodillas rompiendo las cuerdas que amarraban sus piernas.

-¡Aquí, aquí! -gritó Brush.

El robot se puso lentamente en pie

CAPÍTULO VII

Erizaba los cabellos ver aquella maquina incorporándose con las manos, doblando las metálicas rodillas y ponerse en pie sobre sus delgadas piernas.

Cuando se irguió, el monstruo tenía levantada la cortinilla y su gran ojo amarillo estaba clavado malévolamente en el comandante Brush.

-¡Brush, salga de ahí! -gritó Wilbur Devoe. Pero el marino, si oyó aquella orden, no le prestó atención. El robot se puso en movimiento hacia él. Brush dio un salto y cogió una barra de hierro de un banco contiguo.

-¡Ese hombre está loco! -chilló el profesor Penrose.

Wilbur Devoe se apartó del receptor bruscamente. Allí, mirando a la pantalla con estupor, estaban inmóviles los dos soldados armados de subametralladoras.

-¿Qué hacen ahí parados? -les gritó Wilbur, frenético. Y arrancando la subametralladora de las manos de uno de los soldados echó a correr hacia el hueco del muro que comunicaba las dos alas del taller.

-¡Wilbur, Wilbur! -gritó la doctora Maher.

Wilbur ni siquiera la oyó. Pasó como un bólido a la nave contigua, estando en un tris que no se estrellara contra el profesor Kendrick que venía en dirección contraria.

-¡El... robot! -tartamudeó Kendrick, gesticulando.

Wilbur le esquivó y siguió corriendo hasta la pila de sacos. Por la nave venía corriendo, atraído por los gritos, un grupo de soldados y mecánicos de la Air Force en traje de trabajo.

Wilbur llegó el primero a la brecha de la barricada justo a tiempo para ver cómo el comandante Brush asestaba un tremendo golpe con la barra de hierro al cuello del robot.

-¡Apártese, Brush! -le gritó Wilbur amartillando la subametralladora.

El robot levantó uno de sus largos brazos metálicos. Silbó en el aire la barra articulada de metal. El comandante Brush fue lanzado a cinco metros de distancia por la contundencia del golpe y cayó al suelo con el cráneo partido como un melón.

Wilbur Devoe se echó la subametralladora a la cara y apretó el gatillo. Su intención era alcanzar al monstruo en su redondo ojo amarillo, ya que suponía al robot invulnerable en cualquier otra parte de su cuerpo metálico.

Tronó la subametralladora vomitando un chorro de balas.

Pero en su precipitación Wilbur no pudo afinar la puntería. Las balas rebotaron con seco chasquido contra el cuerpo cilíndrico del monstruo o pasaron de largo sin tocarle.

El robot siguió avanzando y Wilbur no pudo mejorar su puntería porque la subametralladora como solía ocurrir siempre que se las necesitaba con

urgencia, se encasquilló.

-¡Maldita sea! -rugió el teniente coronel.

Y cogiendo la subametralladora la estampó con ira contra la cabeza del robot, que estaba a cuatro metros de distancia. Luego, volviendo la espalda al monstruo, trepó ágilmente sobre la pila de sacos poniéndose fuera del alcance de las terribles garras mecánicas.

Los soldados y mecánicos que llegaban en tropel patinaron sobre el piso de cemento al ver aparecer al robot en la brecha de la barricada.

Hubo algunos buenos trastazos y un movimiento general de retroceso. Unos cuantos soldados hincaron la rodilla en tierra y, dando muestras de gran arrojo, si bien que de detestable puntería, empezaron a disparar con fusiles y pistolas contra el robot.

Tan buena era su puntería que el teniente coronel Devoe, sobre la barricada, oyó con alarma el zumbar de las balas cerca de su oreja.

Wilbur optó por dejarse caer al otro lado de la barricada, en tanto el monstruo avanzaba hacia los soldados poniéndolos en precipitada fuga.

En medio de una confusión tremenda el robot se detuvo, volvió su grotesca cabeza a un lado y a otro y se encaminó hacia uno de los muros. Asomando los ojos a ras de los sacos terreros, Wilbur siguió intrigado los movimientos del robot.

-Apuesto a que esa bestia horada la pared y sale a través del muro -se dijo Wilbur sintiendo temblar sus manos.

Pero aquella no debía de ser la intención del robot. Lo que hizo este fue acercarse a uno de los interruptores de las máquinas del taller, levantar un brazo y tocar los bornes.

Soltó una chispa eléctrica. Un ser humano hubiera quedado fulminantemente electrocutado. Al robot no le ocurrió nada. Sus cuatro dedos metálicos tentaron las tres fases del interruptor y de pronto se quedó quieto.

Wilbur comprendió de pronto la intención de aquel ser fabuloso que manejaba al robot desde el interior del cráneo de este. ¡Estaba recargando sus acumuladores!

Los soldados, apelotonados junto a la puerta del taller, habían dejado de disparar. Wilbur miró al comandante Brush, inmóvil en medio de un enorme charco de sangre. ¿Qué podía hacerse con aquel desgraciado?

La doctora Maher, el profesor Bennett y el profesor Karvel salieron corriendo de la nave contigua y se acercaron a la barricada sin ser vistos por el robot, que seguía inmóvil con los dedos sobre los bornes de la corriente eléctrica.

Alma Maher se arrojó temblando entre los brazos del teniente coronel.

-¡Loco, más que loco! Temí que te hubiera ocurrido algo.

-No me ocurre nada. Fue el pobre comandante Brush quien cayó con la

cabeza abierta. ¿Quieres mirar si puede hacerse algo por él?

Miss Maher se acercó al marino. Se inclinó sobre él y luego mire a Wilbur negando con la cabeza.

-¡Pobre Brush! -murmuró Wilbur-. El robot le lanzó volando de una bofetada. Debe tener la fuerza de veinte hombres. ¿Sabe lo que hace ahora el profesor?

-Sí -contestó Karvel-. Está acumulando electricidad.

-¡Ajá! Nos engañó, el muy ladino. Seguramente pensó que iba a agotársele la energía sin llegar a parte alguna y decidió esperar que fuéramos a recogerle.

-Nunca sabremos lo que pensó ese pequeño monstruo alojado en la cabeza del robot. Cuando esa máquina haya terminado de recargar sus acumuladores tendrá energía para moverse durante otras treinta o cuarenta horas. Nada será capaz de detenerle, y si le detenemos será después de haberle destruido.

-¡Pues hay que impedir que siga acumulando electricidad!

-Sí, hay que impedirlo. Vamos, salgamos de aquí mientras él está entretenido.

Los tres hombres y la muchacha pasaron por detrás del robot ciñéndose a la pared opuesta y se reunieron con el grupo de hombres excitados reunidos en la puerta del taller.

Unos cuantos soldados volvieron a acosar al monstruo disparando contra él con fusiles y subametralladoras.

-Dejen eso -les gritó Karvel-. Sus balas no pueden agujerear el material de que está hecho el muñeco. Lo primero que hay que hacer es cortar la corriente.

Wilbur y la doctora Maher salieron del taller. Un «jeep» llegó a toda velocidad y se detuvo con espeluznante chirrido de frenos. El general Kennedy en persona saltó del coche a tierra encarándose con el teniente coronel Devoe.

-¿Qué ocurre, Wilbur? ¿Qué es eso de que el robot ha resucitado y anda suelto por ahí?

Wilbur le contó en pocas palabras lo ocurrido y acabó diciendo:

-Ahí adentro le tiene ahora dándose un banquete de electricidad. Luego... ¡sólo Dios sabe lo que hará luego!

El general soltó un bufido y empezó a llamar a los oficiales que estaban allí o iban acudiendo de todos los puntos de la base.

-¡Traigan bombas de mano! ¡Quizás una bazuca le pare los pies! ¡No... mejor es que arrastren un cañón antiaéreo! ¡Vivo; no se estén ahí parados como idiotas... muévanse!

Transcurrieron por lo menos quince minutos antes que se lograra cortar la corriente de la línea de aquel taller. El general Kennedy entró en el

edificio para ver al robot y Wilbur y la doctora le siguieron.

Apenas se interrumpió la corriente el muñeco mecánico retiró su mano de los cables y se puso en movimiento encaminándose hacia el fondo del taller.

Desapareció tras la pila de sacos terreros.

-¿Qué demonios se propondrá hacer ahora? -murmuró Wilbur sintiéndose temblar de emoción.

Siguieron unos breves minutos de silencio. En seguida se escuchó un terrible estrépito de hierros removidos. La mesa donde estuvo tendido el robot salió volando por encima de la barricada y aterrizó ruidosamente en medio del taller. Acto seguido, una taladradora que pesaba sus buenos cien kilos, arrancada de cuajo de la pared donde estaba empotrada, siguió el mismo camino cayendo como una bomba sobre un torno que saltó hecho pedazos.

El general Kennedy cruzó una mirada preocupada con Wilbur Devoe. En este momento el robot reapareció en el hueco de la barricada. Los soldados abrieron fuego contra el monstruo, el cual continuó avanzando indiferente a las balas que llovían sobre su metálico corpachón.

-¡Fuera... alto el fuego! ¡Salgan de aquí! -gritó el general.

Todo el grupo se lanzó fuera tumultuosamente.

-Despejen el campo para que puedan actuar los bazucas -ordenó el general subiendo al «jeep» con su ayuda-. Venga aquí, doctora Maher. Suba al coche.

Alma Maher miró a Wilbur. Este le animó a subir con una sonrisa diciendo:

-Ve tú delante. Nos veremos en la torre de vuelos.

El «jeep» arrancó en el mismo momento que Kendrick, Woondrow y el profesor Karvel llegaban junto a Wilbur. Juntos los cuatro tomaron un animado trotecillo en persecución de los soldados que marchaban un buen trecho por delante.

Se detuvieron ante la puerta de un hangar porque Kendrick, que era viejo y débil, iba dando boqueadas como un salmón fuera del agua. También Wilbur se ahogaba. El corazón le latía brutal y desacompasadamente.

Del interior del hangar salió el ronquido de un poderoso motor y en seguida apareció la proa de un tanque «Patón» que avanzaba moviendo con estruendo su juego de orugas.

Los cuatro hombres se echaron a un lado para dejar pasar al tanque, cuya tripulación estaba todavía introduciéndose por la escotilla de la torre del cañón.

-No es necesario que sigamos corriendo -dijo Wilbur entrecortadamente-. Si no le hace polvo con el cañón el tanque pasará sobre

el robot y lo dejará hecho una tortilla.

-Puede que sí, y puede que no -contestó Woondrow-. No hay en el mundo metal tan duro como el que sirve de pellejo a ese robot.

-Espere a que le acierte una granada de ese cañón y verá lo que le pasa al muñeco -dijo Wilbur lleno de confianza.

El «Patón», mientras tanto, había virado y avanzado gruñendo por el centro de la pista de cemento. El robot apareció en la puerta del taller, dio unos pasos sobre la pista y se detuvo volviéndose hacia el tanque.

El prominente cañón de la torrecilla giratoria del tanque empezó a bajar, se movió ligeramente y enfiló al muñeco con su negra y amenazadora pupila.

-¡A ver cómo detienes esa pelota, moreno! -gritó Wilbur Devoe.

Tronó el cañón del tanque, coronándose de una larga llama anaranjada. A una distancia tan corta y sobre blanco parado el artillero del tanque no podía fallar el tiro.

¡Y no falló! La granada pegó en medio del cuerpo del muñeco y estalló con seco y ruidoso estampido Hubo un relámpago amarillo... y se vio al robot volando como un proyectil por encima de la pista para aterrizar resbalando sobre el cemento a más de un centenar de metros de distancia.

-¡Zambomba! -exclamó Wilbur echándose a reír-. ¿Han visto eso?

El robot patinó otros cincuenta metros sobre el cemento, se salió de la pista y se detuvo después de dar varias volteretas. Inmediatamente... ¡Se puso en pie!

-¡Trágame, tierra! -gritó Wilbur con los ojos desmesuradamente abiertos-. ¡Eso no puede ser!

-¿No se lo dije? -exclamó Woondrow-. ¡La granada no pudo perforar esa delgada lámina de metal!

Como si el estupor de la tripulación del tanque se hubiera comunicado a la máquina, ésta había quedado como clavada al suelo. Entre tanto el robot había vuelto a la pista y como un luchador tenaz y valeroso avanzaba resueltamente al encuentro del tanque.

En su mano izquierda había aparecido un objeto de forma extraña.

«¡Carape, ese viene por nosotros!» -debieron exclamar los tripulantes del tanque. Y sobreponiéndose a su asombro, quizás bastante intranquilos, volvieron a tomar puntería y dispararon.

Esta vez la granada no acertó en el pequeño de metal (1,50 metros de estatura) que seguía avanzando con ridícula tesitura. La granada pasó rozando la cabeza del robot y estalló allá por los lejanos confines del aeródromo.

Del objeto que empuñaba el muñeco salieron en forma de chorro unos extraños proyectiles, especie de lanzas luminosas que surcaron el espacio con la velocidad de un rayo.

Con ojos desorbitados de asombro Wilbur Devoe vio aquellos dardos luminosos caer sobre el tanque y ¡atravesarlo de parte a parte!

No una, sino cuatro o cinco veces atravesaron aquellas fantásticas lanzas al tanque paralizado. El tanque estalló como un cohete en medio de una llamarada cegadora despidiendo orugas, escotillas, planchas retorcidas y restos humanos en todas direcciones.

El tanque quedó convertido en un montón de chatarra que inmediatamente empezó a arder por los cuatro costados.

Mudos, clavados al suelo por el estupor, los cuatro hombres que estaban en el hangar se quedaron mirando al despanzurrado tanque sin poder dar crédito a lo que veían.

-¡Fantástico... maravilloso! -murmuró el profesor Karvel con acento de entusiasmo.

Wilbur Devoe se volvió hacia el sabio con el ceño fruncido.

-¿Así que le parece estupendo? -preguntó. Y gritó-: ¡Cuatro o cinco hombres acaban de morir dentro de ese tanque! ¿Le agrada eso?

-No quise decir que me agradara ¡Dios me perdone! -exclamó Karvel-. Científicamente lo que acaba de hacer ese robot es algo verdaderamente maravilloso. ¡Su pistola dispara rayos de luz solidificada!

Wilbur miró al robot, que seguía avanzando.

-Pues a menos que le entusiasme morir «científicamente» lo mejor será que pongamos pies en polvorosa. ¡El robot viene hacia aquí! -advirtió.

-Sí, vamos -dijo Kendrick.

Los cuatro hombres doblaron la esquina de la construcción y se pusieron a salvo andando pegados al muro de ladrillo

Mientras tanto las defensas del aeródromo habíanse puesto en movimiento. Tanques y automóviles «jeep» que arrastraban cañones anticarro salían velozmente de sus habituales garajes y se lanzaban a campo traviesa convergiendo en dirección al robot.

De un extremo a otro de la Base Aérea sonaba el ululante aullido de las sirenas. Regularmente, una vez cada mes, se hacían prácticas de defensa del aeródromo con fuego antiaéreo real. En aquellos supuestos defensivos era casi siempre una fuerza paracaidista enemiga que intentaba tomar la base por sorpresa. Ahora el enemigo se encontraba realmente en el campo, y bien que por sorpresa.

Unos minutos más tarde Wilbur Devoe, Kendrick, Karvel y Woondrow alcanzaban el edificio de la torre de vuelos. Allí encontraron al profesor Penrose y al profesor Bennett, que habían llegado unos momentos antes.

Los científicos se pusieron a hablar excitadamente, pero Wilbur no pudo entender lo que decían. Le zumbaban los oídos. De pronto todo empezó a dar vueltas a su alrededor.

Sintió que se caía al suelo.

Cuando volvió en sí se encontraba de nuevo tendido en una cama de la enfermería. Sobre él se inclinaba el preocupado rostro del doctor Edgerton. Alma Maher, con los ojos enrojecidos, estrujaba un pañuelo entre sus manos, sentada en la cama contigua.

Le estaban haciendo otra transfusión de sangre.

-¿Qué le ha ocurrido? -preguntó Wilbur.

-Nada. Se desmayó usted -contestó Edgerton.

Wilbur miró a Alma, la cual trató de sonreírle. En aquel instante el piloto tuvo la percepción de que algo grave ocurría, y que él era parte principal del drama que se desarrollaba.

-¿Estoy muy malo? -preguntó

Edgerton se volvió a mirar a la doctora sin contestar.

-¡Edgerton! -chilló Wilbur asiendo al doctor de un brazo-. ¡Contésteme de una vez! ¿Es grave mi caso?

-Sí -contestó el médico secamente.

No lejos de la enfermería tronó una pieza de artillería. Los cristales de la ventana crujieron y la botella de sangre se bamboleó colgando del soporte metálico.

Pero Wilbur, preocupado por sí mismo, apenas si se enteró. Un gran miedo se había apoderado de él. Había sentido antes aquel miedo en los combates aéreos de Corea... cuando atacaba en vuelo rasante una concentración de artillería antiaérea enemiga y las granadas estallaban a derecha e izquierda y delante de su avión...

Este miedo de hoy era más terrible. Porque la muerte no estaba bailando a su alrededor, sino que la presentía ya dentro de él.

-Si voy a morirme -dijo con voz que a él mismo le sonó extraña-, necesito saberlo. Dígame qué ocurre ¿Se trata de ese maldito síndrome radiológico, no es cierto?

Edgerton asintió.

-La señorita Maher quería seguir ocultándosela a usted, pero el engaño no puede sostenerse por más tiempo. Los síntomas de envenenamiento radiológico se han presentado tan pronto y de forma tan aparatosa que usted no había de tardar en comprender la gravedad de su estado.

-¡Pero si Karvel, Kendrick, Penrose y usted mismo han estado junto al robot sin sentir los efectos de su pequeña radioactividad! -exclamó Wilbur.

Y el doctor Edgerton contestó:

-Eso fue lo que le ha mantenido a usted en el engaño, coronel Devoe. No fue el muñeco quien le propinó tan fuerte dosis de radioactividad, sino aquel cohete que explotó a pocos metros de usted derribando el caza del teniente Hutchis. Aquella explosión le mató a usted, coronel. ¡Era una pequeña bomba atómica!

Como un relámpago volvió a estallar en la memoria de Wilbur aquel

verde azulado globo de fuego que le bañó el rostro de una sensación física de calor. ¡Era una bomba atómica! Y su avión, su traje y su cuerpo habían sido atravesados en aquel momento por un haz de penetrantes, invisibles y mortíferos rayos «gamma».

Wilbur Devoe quedó unos instantes anonadado por la terrible noticia. Luego preguntó roncamente:

-¿No hay salvación para mí?

El doctor Edgerton rehuyó el encuentro con la mirada del aviador. Negó con la cabeza.

-¿Cuándo... cuándo moriré? -preguntó Wilbur sintiendo su alma atenazada por el terror.

Edgerton se encogió de hombros.

-¡Dígame cuántas horas me quedan de vida! -gritó Wilbur fuera de sí.

-¡Oh, varios días todavía!

-¿Una semana?

-Más. Un par de semanas quizás -murmuró Edgerton con voz ronca.

-¡Un par de semanas! -exclamó Wilbur.

Alma Maher se cubrió el rostro sollozando. Wilbur dejó caer la cabeza en la almohada y miró al techo. El globo que pendía del cieloraso se agitó al disparar allí cerca un cañón antiaéreo.

Pero Wilbur no oyó el trueno del cañón. Su mundo era ahora un mundo silencioso en donde una voz repetía hasta el cansancio: «Vas a morir... Vas a morir»

Y del fondo de su alma Wilbur sentía subir un grito de protesta, una rabia sorda e impotente contra el destino que le jugaba aquella mala pasada.

¡Morir! ¿Y por qué? ¡Él no quería morir!

Como millones de hombres antes que él, Wilbur Devoe se rebelaba contra aquella ley natural, inexorable e injusta, que hacía que en el transcurso de unos años no quedara sobre la Tierra ninguno de los hombres que juntos la habían habitado.

No le importaba que varios miles de generaciones hubieran desaparecido antes que él, ni podía servirle de consuelo la idea de que todos, aquellos mismos que ahora le miraban con lástima, le seguirían en su día al seno del olvido. Nadie podía vivir por él su propia agonía, aquel miedo mortal que le atenazaba el corazón y ponía un nudo de asfixia en su garganta.

De pronto Wilbur comprendió que si no se sobreponía a su terror, el mismo miedo a la muerte haría su muerte más penosa, más desesperada y terrible.

Iba a morir, y ni él ni nadie podían evitarlo. Al fin y al cabo, una vez u otra debía de morir. Era su destino fatal, como lo era también de todas las criaturas, hombres, animales o plantas existentes sobre la faz del mundo. Y

sólo la resignación podía ayudarle en aquel trance amargo. Porque si se alzaba en rebeldía contra la muerte moriría de todos modos, pero su agonía seria infinitamente más larga y penosa.

«¡Además, todavía me quedan quince días de vida!» -se dijo.

Y aquellos últimos quince días se le aparecieron como un regalo espléndido, más valioso que los treinta años de vida de que conservaba recuerdo.

-¿Qué hora es? -preguntó.

-Las dos de la tarde -le dijeron.

Luego había estado casi dos horas desvanecido.

Volvió a tronar el cañón haciendo temblar los cristales y tintinear una cucharilla dentro de un vaso

-¿Todavía no han capturado al robot?

-¡Cielos, no! -exclamó Edgerton animándose-. Esos extraños dardos que dispara su pistola lo atraviesan todo; tanques, cañones, edificios... y hombres.

Se escucharon pasos precipitados en el pasillo. El profesor Kendrick entró en la enfermería seguido de un coronel de infantería aérea y un pelotón de soldados con cascos de acero que se quedaron esperando en el pasillo.

-¡Hola, doctor! -saludó el coronel con voz fuerte-. Vengo a decirle que hay que evacuar este edificio. El robot viene hacia aquí. Seguramente entrará y lo revolverá todo como ha hecho en los demás pabellones.

-¿Pero qué busca ese demonio? -preguntó Edgerton.

A lo que el profesor Kendrick repuso:

-Creíamos que andaba buscando algún enchufe eléctrico donde cogerse para recargar sus acumuladores. Pero por la forma particular que realiza sus pesquisas yo diría que busca otra cosa.

-¿Qué cosa?

-A su compañero. El robot vio en el taller el cuerpo sin cabeza del otro muñeco y supone que tenemos al animalito oculto en alguna parte.

-¡Oiga! -exclamó el coronel de infantería-. ¿Por qué no lo dijo antes? Si es eso lo que busca dénselo y que nos deje en paz. ¡Si esto dura un poco más acaba por arrasar la base!

-¿Pero es que no hay manera de detener a ese monstruo? -preguntó Wilbur-. Yo creía que al menos en el ojo sería vulnerable.

-No lo es -repuso el coronel-. Hemos empleado a nuestros mejores tiradores en disparar contra ese ojo con fusiles de mira telescópica, y no se ha conseguido nada.

-Ese ojo, según hemos comprobado en la cabeza del otro muñeco, está protegido por un cristal -explicó Kendrick.

Y Wilbur exclamó:

-¡No puedo creer que ese robot sea completamente invulnerable a nuestras armas!

-¡Oh, no lo es del todo! -aseguró el coronel-. Uno de nuestros cañones logró arrancarle un brazo. Desgraciadamente no era el brazo que empuñaba la pistola. Si pudiéramos arrancarle el otro brazo el muñeco quedaría desarmado.

Un sargento se asomó a la puerta y gritó:

-¡El muñeco viene hacia aquí, mi coronel!

-¡Pronto, saquen al teniente coronel por la puerta trasera!

Los enfermeros brillaban por su ausencia. Dos soldados se inclinaron sobre el lecho, pero Wilbur les rechazó enojado:

-¡Déjenme, puedo valerme solo!

El coronel llamó a sus soldados y se marchó. Quedaron solos con Wilbur la doctora Maher, el doctor Edgerton y el profesor Kendrick

Wilbur, que seguía vestido, tomó asiento en el borde de la cama. Alma Maher se arrodilló ante él y empezó a ponerle los zapatos.

-Edgerton -dijo Wilbur con entonación grave-. Somos buenos amigos, ¿verdad?

-Desde luego, coronel.

-Entonces, sea bueno y déjeme quedarme aquí.

Alma Maher levantó sus ojos llenos de lágrimas y los clavó en Wilbur con expresión interrogante.

-¿Qué tontería está diciendo, muchacho? -rezongó Edgerton.

Y Wilbur contestó con energía.

-No es ninguna tontería. Tengo una idea y quiero ponerla en práctica. Con un poco de suerte puedo destruir al robot.

-Sigue diciendo tonterías. ¿No ha oído que ese monstruo es invulnerable? Los cañones y los bazucas le han zarandeado de lo lindo, pero él vuelve a ponerse en pie. Sólo nos cabe la esperanza de que otra granada consiga arrancarle el brazo que le queda... o que quede paralizado al agotarse sus acumuladores eléctricos.

-Hay un arma que puede detenerlo. ¡Su propia pistola! -exclamó Wilbur.

Edgerton contempló al piloto con el ceño fruncido.

-¿A dónde quiere ir a parar? ¿Conoce usted algún medio de hacerle soltar esa pistola?

-Sí. El robot la soltará cuando entre en el laboratorio y el bicho que lo tripula vea a su compañero sobre la mesa. Recuerde que el muñeco ha perdido un brazo. ¡Si quiere coger a su compañero tendrá que soltar la pistola!

-¡Oh, oh! -exclamó Edgerton-. Es muy aventurado suponer lo que hará ese monstruo. Si ve al animalito no soltará la pistola. También puede

descubrirle a usted antes que... ¡Oh, no! Lo que usted pretende es un disparate, coronel. Un suicidio.

-¿Y qué? Considere que soy hombre muerto, de todas formas.

-Quizás pueda vivir otro par de semanas. ¿No es cierto, miss Maher?

La doctora asintió con los ojos arrasados en lágrimas.

-¡Quince días! -exclamó Wilbur-. Quince días de agonía, larga, lenta... espantosa. Con vómitos y hemorragias, transfusiones de sangre y... ¡Bah! No arriesgo nada haciendo la prueba. Quizás pueda destruir a ese demonio evitando así mayores males. Después de todo el robot tiene pendiente una cuenta conmigo. ¡Ellos me mataron con aquella bomba atómica!

Alma Maher se puso lentamente en pie.

-No lo intentes, Wilbur -suplicó-. El robot se detendrá de todos modos una vez u otra.

-¿Quién sabe cuándo se detendrá? Es posible que al ver a su compañero muerto se enfurezca todavía más y se lance a matar gente... ¡Dejadme hacer Alma! Yo sé bien cuál es mi deber.

Wilbur se puso en pie y echó a andar con paso vacilante. Nadie intentó detenerle.

CAPÍTULO VIII

La proximidad del robot se adivinaba por la cercanía progresiva de las explosiones de las granadas de artillería, mortero y bazuca que perseguían al monstruo sin darles tregua ni descanso.

Acurrucado bajo la larga mesa del laboratorio, Wilbur Devoe esperaba rogando a Dios que no le atacara en aquel momento ningún mareo o acceso de náuseas.

Adivinó que el robot había entrado en el pabellón clínico al cesar repentinamente el bombardeo. Los cañones y los morteros interrumpían el fuego cada vez que el muñeco entraba en un edificio, tregua que se aprovechaba para tomar nuevas posiciones.

En mitad da un silencio mortal, que contrastaba con el estruendo de la batalla repentinamente interrumpida, Wilbur oyó rumor de pasos en el pasillo.

Desde donde estaba, detrás de una pila de cajas de cartón, Wilbur no podía ver la puerta a menos que avanzara la cabeza. Y esto no lo hizo por temor a que el monstruo le descubriera.

El robot entró en el quirófano. Se escuchó un fragor de vidrieras rotas, frascos de cristal y cajas de herramientas que caían al suelo. El monstruo siguió buscando tenazmente a su compañero.

Salió del quirófano y entró en la enfermería. Wilbur oyó el ruido de las camas metálicas al ser movidas. No había mucho que buscar allí.

El monstruo volvió al pasillo. Derribó con estruendo la puerta de los lavatorios...

Aun sin verlo Wilbur podía seguir cada uno da sus movimientos por el ruido de sus pasos y el fragor de las cosas que rompía. Ahora venía por el pasillo hacia el laboratorio, cuya puerta estaba abierta.

Wilbur contuvo el aliento y se acurrucó aún más bajo la mesa. El corazón le latía con tanta fuerza que temió llegara a oírlo el robot.

Unos pies metálicos articulados aparecieron en el campo visual de Wilbur. El monstruo se detuvo justamente delante del agazapado piloto, o sea ante el pequeño animalito que estaba sobre la mesa en una bandeja de porcelana.

Sonó un golpe metálico sobre la cabeza de Wilbur. ¡El monstruo había dejado su pistola encima de la mesa!

«Este es el momento, Wilbur» -se dijo el aviador.

Pero en el instante que iba a salir se detuvo. Podía ver las piernas y la mitad del cuerpo cilíndrico del robot, porque la mesa era alta y de corta estatura el muñeco.

¡Una mano metálica de dedos como garfios bajaba sobre el rostro de

Wilbur, el cual sintió la sangre helársele en las venas!

«¡Clic!»

Se escuchó un ruidillo metálico. Una sección cuadrada del tronco cilíndrico del robot cayó hacia afuera como una portezuela accionada por un resorte. ¡La mano mecánica se introdujo en aquella especie de pequeño armario!

Temblando de emoción, comprendiendo al fin de dónde sacó el muñeco aquella pistola que no llevaba en el momento de ser capturado, Wilbur Devoe esperó un segundo hasta que la mano se retiró del pequeño hueco llevando cogido un objeto entre los dedos.

Con la agilidad y el sigilo de un gato Wilbur Devoe salió de debajo de la mesa y saltó en pie a espaldas del robot.

El robot, que no llegaba siquiera al hombro del teniente coronel, estaba ligeramente inclinado sobre la mesa. Con la mano izquierda, la única que le quedaba, estaba acercando una especie de jeringuilla al «huevo frito» depositado en la bandeja.

Sobre la mesa, al alcance de su mano, estaba aquella extraña pistola que disparaba dardos luminosos «sólidos».

Rápido como un relámpago Wilbur alargó la mano, cogió la pistola y retrocedió de un salto.

El robot reaccionó con igual rapidez enderezándose y volviendo la cabeza. Wilbur se estremeció, bajo el peso de la taladrante mirada que le lanzó aquel ojo grande y amarillo.

Pero Wilbur tenía ahora la pistola y con ella se sentía fuerte y seguro. La empuñó con resolución. La pistola tenía una culata y un gatillo, no pareciendo difícil de disparar...

Girando velozmente sobre sí mismo el robot se lanzó contra el aviador. Wilbur alargó el brazo y apretó el gatillo de la pistola.

Un rayo de luz brotó del cañón de la pistola con un ruido seco restallante.

Aquel dardo plateado, rígido como una barra que se solidificara apenas brotaba del cañón, alcanzó al robot en su único ojo, penetró en él, salió por la parte posterior del cráneo metálico, pegó contra la pared que había detrás y la atravesó también.

Toda la lanza rígida y brillante pasó a través del ojo del robot como una hebra de hilo por el ojo de una aguja, pasó también a través de la pared y se perdió.

El monstruo quedó unos segundos inmóvil, balanceándose sobre sus escuálidas piernas. Luego cayó de bruces en el suelo, a los mismos pies de Wilbur, con gran estrépito de hierros.

Wilbur quedó con la espalda pegada a la pared mirando al titán vencido. De pronto el laboratorio entero empezó a girar alrededor del

piloto. Las rodillas le flaquearon... Cayó sin sentido encima del robot.

Cuando recobro el sentido unos minutos más tarde se encontraba de nuevo tendido en una de las camitas niqueladas de la enfermería.

A su alrededor, surgiendo de una especie de neblina gris, fue reconociendo sucesivamente los rostros del doctor Edgerton, de Alma Maher que se apretaba un pañuelo contra la boca, y del general Kennedy.

Kennedy le sonrió a través de los últimos jirones de niebla y dijo:

-¡Vaya, ya tenemos hombre otra vez!

-¿El robot?... -murmuró Wilbur estremeciéndose al recordar la última escena de que guardaba recuerdo.

-¡Oh, el robot está muerto y bien muerto! -dijo el general. Añadiendo-: Gracias a usted. Fue una genial idea la suya, Wilbur. Corrió un gran riesgo y se salió con la suya.

-¿Un gran riesgo? ¿No le han dicho que estoy condenado a morir, general?

Kennedy apartó sus ojos entristecidos. Una mano helada apretó la de Wilbur. Era la mano de Alma Maher.

Wilbur la miró y sonrió con amargura.

-¿Sabía usted que era hombre perdido cuando le pedí que se casara conmigo, miss Maher?

-No lo supe con certeza hasta ayer noche, después que volvimos de la ciudad.

-Comprendo. Fue por eso por lo que esta mañana accedió a casarse conmigo. Usted sabía que nunca podría realizarse esa boda... Tuvo lástima de mi ¿verdad?

Ella rehuyó el encuentro con su mirada.

-Es difícil de explicar, Wilbur -murmuró-. Sentí lástima, naturalmente. Fue para mí muy amargo oírle hablar del futuro con tanto entusiasmo sabiendo que jamás podría realizar sus ilusiones... Pero aunque sentí lástima no le mentí al dejarle entender que me consideraría feliz casándome con usted.

-No trate de seguir siendo compasiva, miss Maher -repuso Wilbur sintiéndose chasqueado e irritado-. ¡No quiero que nadie me compadezca porque voy a morir!

-Puede sentirse lástima y amor al mismo tiempo Wilbur -murmuró la joven.

-Por favor, miss Maher. Puede ahorrarse el trabajo de representar una comedia para mí. Usted no me ama ¿a qué engañarnos? No se lo reprocho. Le pido solamente que aparte de mí su fastidiosa compasión.

Alma Maher frunció los labios, se puso dignamente en pie y abandonó la enfermería.

-No soy quién para inmiscuirme en sus asuntos Wilbur -dijo el general-.

Pero creo que comete usted una injusticia con esa muchacha, aun suponiendo que no le hubiera amado... ella sólo quiso ayudarle.

-No estoy por perder el tiempo discutiendo, general. ¿Quiere que hablemos de otra cosa?

-Bien -dijo el general secamente-. Hablemos de otra cosa si usted quiere. Ahora que sabe cuál es su estado ¿qué piensa hacer? He preparado un avión para su traslado a Washington.

-Pues si lo ha dispuesto ya, no tengo nada que objetar. Tanto me da morir aquí, como en Washington.

-He pensado que quizás deseara usted enviar un telegrama a su familia dándole cuenta de...

-¡No, no...! ¡De ninguna manera! -protestó Wilbur-. No es nada agradable recibir un telegrama para que vaya uno a presenciar la agonía de su único hermano.

-Wilbur, no puede usted morir en un hospital, solo como un perro -gritó Kennedy enojado-. Agradable o no, acudir junto al lecho de muerte de nuestros familiares es un deber de todo el mundo.

-Un desagradable deber -corrigió Wilbur-. Si puedo, evitaré a mis hermanos ese trago tan amargo

Kennedy miró al doctor Edgerton con expresión impotente.

-El coronel lo pensará mejor. Tiene tiempo para hacerlo -dijo el doctor.

El general se marchó encogiéndose de hombros. Edgerton fue a acompañarle hasta la puerta del pabellón y Wilbur quedó solo.

Una sensación de desvalimiento y amargura se apoderó del enfermo Sintió lástima de sí mismo, de su juventud truncada en flor, de las aspiraciones que jamás podría realizar, de su inmediato e irremediable fin en el lecho de un frío hospital.

Sin darse cuenta se encontró llorando.

«¡Qué tontería! -se dijo-. Al fin y al cabo nadie es eterno. Una vez u otra tenía que llegar este momento»

Pero aquella reflexión no le consolaba lo más mínimo. Porque el hombre, aunque vive pensando en la Muerte, siempre se sorprende cuando la Muerte llega.

Entonces, por primera vez, Wilbur Devoe se sintió enormemente solo, mortal y terriblemente solo.

Transcurrieron diez, quince minutos...

De pronto la puerta se abrió dejando paso a miss Maher que venía seguida del doctor Edgerton, el profesor Bennett, el profesor Kendrick y el profesor Penrose.

Wilbur hizo desaparecer con el envés de la mano una lágrima indiscreta y se enderezó en el lecho tratando de componer la expresión de su rostro.

Alma Maher se situó a un lado del lecho, Edgerton en el otro y los tres

profesores permanecieron de pie a los pies de la cama. El bello rostro de la doctora traslucía tan visible ansiedad que el enfermo tuvo que preguntar:

-¿Qué ocurre?

Miss Maher dejó sobre el embozo de la cama un pequeño objeto. Se trataba de una especie de perilla aplanada, la cual terminaba en una larga aguja plateada.

-¿Qué es esto? -preguntó Wilbur sin tocarlo.

-El robot que usted aniquiló lo tenía en la mano -contestó el profesor Kendrick-. Hemos estado preguntándonos qué se proponía hacer el muñeco con ese objeto y creemos haber hallado la respuesta. Esa perilla contiene un líquido que el robot se disponía a inyectar en el cuerpecillo de su compañero muerto.

-¿Creen que confiaba en poder resucitarlo?

-Nunca podremos saber lo que pensaba la criatura alojada en la cabeza de aquel robot -contestó Kendrick-. Posiblemente ignoraba que había muerto, si bien sabía que corría inminente peligro de morir por envenenamiento radiológico. Lo sabía ya cuando ambos saltaron del platillo volante, como también sabía que la máquina de su compañero estaba averiada y no podría moverse al llegar a tierra.

El profesor hizo una pausa mirando a Wilbur. Pero el piloto no tenía ni la menor idea de lo que se proponía alcanzar el bioquímico, ni creía que ello tuviera interés alguno para él.

-Hay en este asunto un detalle altamente significativo, y es que mientras una de esas criaturas falleció a consecuencia de la radiactividad recibida, el otro, que debió recibir igual dosis mortal de radiactividad logró sobrevivir a su envenenamiento, ¿Sabe por qué?

-Que reviente si tengo la menor idea.

-¡Porque el segundo animalito pudo curarse! -exclamó triunfalmente el profesor Kendrick. Y señalando la perilla que seguía sobre el embozo de la cama añadió dramáticamente-: ¡Con eso!

-¿Con esto? -Wilbur tomó la perilla entre sus dedos y la examinó.

-Wilbur -murmuró miss Maher roncamente inclinándose sobre el enfermo-. Existe quizás una probabilidad entre cien de que puedas salvarte... tomando el líquido de ese envase.

Wilbur pestañeó con rapidez y el profesor Kendrick añadió:

-Se trata solamente de una suposición, pero creemos que toda la ansiedad del segundo muñeco por encontrar al habitante del otro robot no tenía más objeto que llegar hasta él antes que hubiera muerto y administrarle esa medicina. El robot la llevaba en ese pequeño armario de su cuerpo que nosotros ignorábamos y debió administrársela a sí mismo. Como el otro robot tenía una desconexión y no podía abrir su propio armario ni sacar la medicina ni administrársela, su compañero tuvo que

acudir en su auxilio. ¿Comprende?

-¡Cielos, sí! -exclamó Wilbur temblando como una hoja. Y preguntó con ansiedad-. ¿Es posible que si me tomo esto líquido... me cure de la enfermedad radiológica?

-No sabemos en realidad si el contenido de ese frasco puede curarle a usted. Cabe que la medicina que fue para curar a esos seres sea ineficaz en el organismo humano... e incluso que le mate con mayor rapidez que la enfermedad radiológica. No obstante hay una probabilidad entre ciento…

-¡Aunque hubiera una entre un millón me tomaría esta medicina sin vacilar! -gritó Wilbur roncamente-. ¿Acaso no estoy muerto de todas formas?

-Conste -dijo Kendrick- que nosotros nos limitamos a indicarle una remota posibilidad de salvación. ..

-¡Al diablo! -gritó Wilbur-. Dígame lo que he de hacer. ¿Me la bebo o me la inyectan?

-Inyectaremos en la vena -dijo la doctora Maher.

Cuando la aguja se clavó en su brazo Wilbur Devoe cerró los ojos y movió silenciosamente los labios.

Rezaba.

* * *

El transporte «DC-4» de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos estaba calentando sus motores en la pista de rodaje cuando un grupo de hombres vestidos de paisano, acompañados de cierto número de guerreros de la Air Forcé, salió del edificio del Mando de la base de Fairbanks.

El general Kennedy, jefe de la base, estrechó una tras otra las manos del profesor Karvel, el profesor Bennett, el profesor Penrose y el señor Woondrow.

De propósito había dejado el general para último término estrechar las manos de la doctora Maher y el teniente coronel Wilbur Devoe.

-Bueno, Wilbur -murmuró el general ligeramente emocionado-. Se acabó la pesadilla. Usted está fuera de peligro, mi Base tranquila y esos condenados muñecos volando camino de Washington. Para que todo termine como en las películas, supongo que se casarán ustedes apenas lleguen a la capital...

Kennedy paseó su penetrante mirada de Wilbur Devoe a la doctora Maher, la cual se sonrojó ligeramente.

-Pues... ¡ejem! -carraspeó Wilbur confuso-. Todavía no hemos hablado de eso, si bien espero convencer a la señorita Maher para que acceda a convertirse en la señora Devoe.

-¡Oh, perdonen mi indiscreción! -se disculpó el general-. Yo creí...

En fin, hago votos para que la respuesta sea afirmativa. Buen viaje,

Wilbur. Crea que siento perder un jefe de Escuadrón que cuenta en su hoja de servicio una victoria neta sobre el primer platillo volante derribado sobre la Tierra.

Wilbur Devoe sonrió y se alejó unos pasos para despedirse de sus compañeros.

Kennedy quedó un momento a solas con la doctora Maher mientras le estrechaba la mano.

-Ha sido un placer tenerla entre nosotros, miss Maher -aseguró. Y reteniendo la mano de la joven guiñó un ojo y agregó-: Usted perdonará, señorita Maher, pero la alcahuetería parece ser un defecto inseparable de la vejez. Los años le hacen a uno más tierno, a la vez que infinitamente más curioso. No quiero verles marchar sin saber cómo acaba la historia. ¿Se casará usted con el coronel Devoe?

-Si él me lo pide, sí -contestó la doctora sonriendo.

-¡Oh, magnífico, magnífico! Adiós, señorita Maher. Buen viaje... Algún día nos encontraremos en otra Base Aérea... Buen viaje...

El grupo se alejó en dirección al avión que hacía rugir sus motores. Por la puerta del edificio salió andando muy aprisa el profesor Kendrick, la cabeza hundida entre los hombros y una gran cartera de cuero en la mano.

Un momento se detuvo Kendrick para despedirse del general, el cual le preguntó:

-Y bien, profesor: ¿Cuál es su impresión de todo lo sucedido?

-¿Se refiere a los platillos volantes -sonrió Kendrick.

-Y a sus tripulaciones, claro está. ¿No se le ocurre ni remotamente de dónde puedan venir? ¿Adivina qué intenciones les traen a nuestro mundo?

-No puedo decir de donde vienen, y mucho menos cuáles son sus intenciones -contestó el sabio cautamente-. Sólo sé de ellos que están aquí, que surcan nuestro cielo tripulando sus platillos volantes y nos observan, quizás con la curiosidad que nosotros observamos a las abejas y a las hormigas. Nada sabemos de ellos, excepto que existen y son portadores de una ciencia y una técnica muy superiores a las nuestras.

-¿No cree que en la paz o en la guerra lleguemos a entablar contacto con ellos algún día?

Kendrick miró al aeroplano que esperaba con los motores en marcha y movió lentamente la cabeza.

-No, no lo creo. He hablado de abejas y hormigas, y cabe que sea un sentimiento como el que nosotros dedicamos a la observación de los insectos el que esas criaturas extraterrestres sientan hacia nosotros. Pura curiosidad.

-¡Por Dios, profesor! Esas criaturas, por muy superiores que sean a nosotros, no pueden encasillarnos en un punto tan bajo de la escala zoológica. Si ellos son los señores de su mundo, el hombre es a su vez el

dueño y señor de su propio planeta. No pueden desdeñarnos hasta el extremo de no querer bajar a echar un párrafo con nosotros. Y aun si ahora nos desdeñan, el hombre de la Tierra podrá en su día surcar los espacios siderales para visitarles en su propio planeta, bien sea Marte, Júpiter o cualquier otro de nuestro sistema solar.

-Si eso ocurriera algún día, el encuentro del hombre con esas criaturas constituirá el más emocionante, a la vez que trágico acontecimiento de la Historia de la Humanidad. En aquel fatal momento se encontrarán frente a frente dos señores de dos mundos, ciudadanos de un mismo reino solar. Se encontrarán tan extraños el uno al otro de aspecto y de espíritu como separados están sus dos mundos. Nuestros vecinos son pequeños, ligeros, concebidos para un planeta de grandes proporciones. No tienen lengua, ni boca, ni oído. Su poderoso y pequeño cerebro no necesita de medios auxiliares para comunicarse con sus semejantes. Transmiten directamente sus pensamientos.

El general hizo un gesto de sorpresa y el bioquímico continuó:

-Supongamos que el encuentro se realiza. Mudos e incapaces para comprenderse están frente a frente el hombre y el... saturnino, pongamos por ejemplo. Aun cuando el hombre fuera un artista en la lectura de los pensamientos no conseguiría captar las ondas del pensamiento del saturnino. Sus cerebros son emisores y receptores de radio sintonizados para onda de distinta longitud. No pueden hacer otra cosa que contemplarse maravillados, extraños y lejanos. La palabra fraternal del hombre no es oída por el saturnino, y las señales del pensamiento emanadas del saturnino no encuentran respuesta en el cerebro del hombre... Ese será el resultado fatal de un encuentro entre nosotros y «ELLOS», general Kennedy. Algo parecido al encuentro de un elefante con un caracol aunque el caracol sea en esta ocasión más fuerte e inteligente que el elefante.

El profesor Kendrick echó a andar hacia el aeroplano agitando cabeza y manos.

-Un elefante con un caracol... -se le oyó repetir antes que el rugido de los motores absorbiera su voz

El general Kennedy se quedó en el filo de la pista de rodaje, las manos a la espalda, contemplando sombríamente la figura alta y angulosa del sabio que trepaba al aparato.

La escalerilla fue retirada. Rugieron los motores. El «DC-4» carreteó sobre la pista poniéndose en posición de despegar. En la torre de vuelos parpadeó una luz verde...

El «Douglas DC-4» de las Fuerzas Aéreas se lanzó rugiendo por la pista.

La última vez que le vio el general Kennedy fue destacándose en silueta sobre el fondo encendido del espacio. El rugido de los motores se apagó en

la distancia y la Base Aérea quedó silenciosa, quieta, prendida de una extraña y melancólica soledad.

F I N

¿Qué misteriosa arma se había empleado para hacer estallar los depósitos atómicos de los Estados Unidos?
¿Había llegado el predominio de los pueblos de raza negra sobre el resto de los mortales?

EL ENIGMA DE C. O. E.

relata las aventuras de dos hombres; un americano y un oriental que movidos por la magistral pluma del

PROFESOR HASLEY

se ven envueltos en la más apasionante aventura de todos los tiempos.
¿Podrían los dos hombres desentrañar el gran misterio de los hombres azules?
Toda la Tierra vive bajo el dramático interrogante, mientras una hermosa mujer contempla con indiferencia el martirio del hombre que ama.

EL ENIGMA DE C. O. E.

Es la novela que cautivará todos los públicos. aparecerá próximamente en la colección.

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.